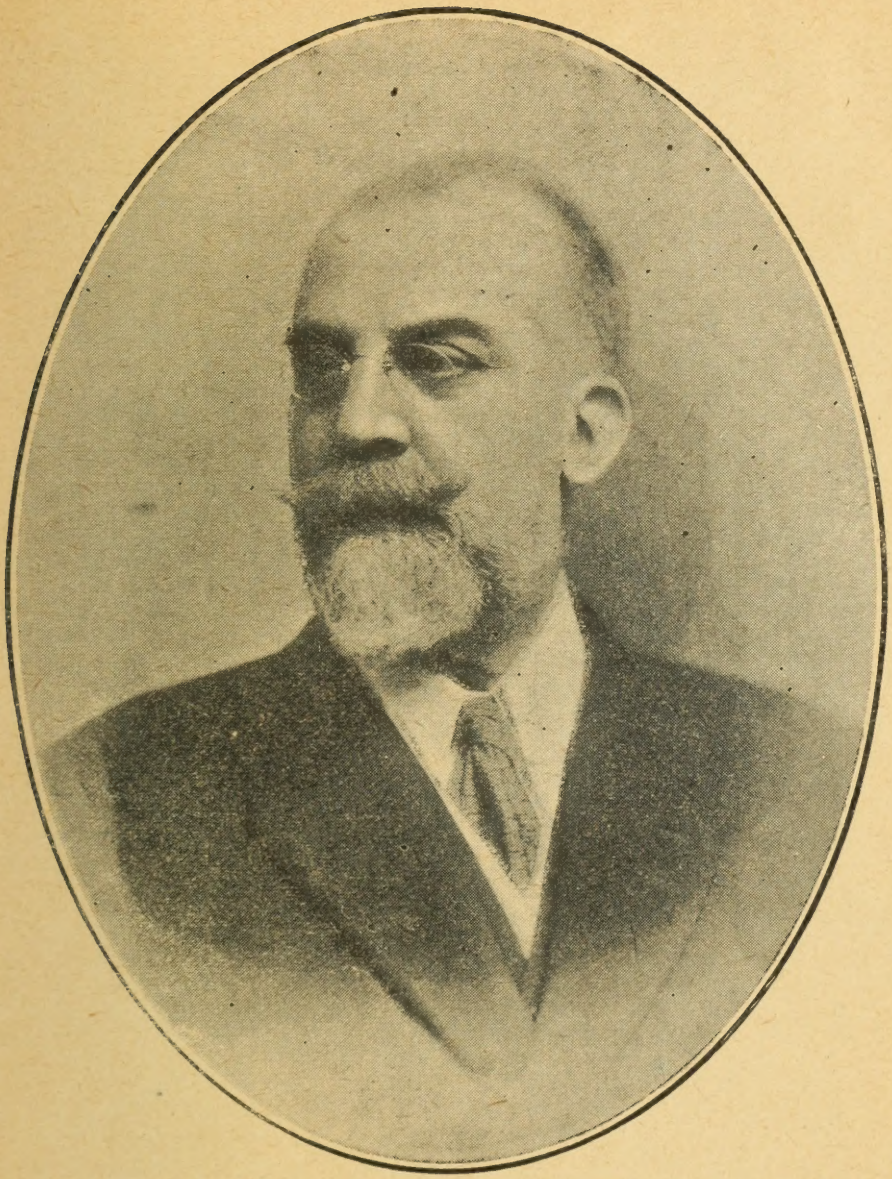
3 1761 08695795 8

ROSALÍA CASTRO

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico.—Paseo del Prado, 30.-MADRID



A. Berendsen

Junio 24. 1916.

3555
Yg

AUGUSTO GONZALEZ BESADA

ROSALÍA CASTRO

NOTAS BIOGRÁFICAS

162317.
28.5.21.

BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

INTROITO...

La casa editorial quiere que redacte yo una introducción biográfica del autor del presente libro, el más completo y documentado que hasta el presente vió la luz; pero exige que hable poco del político y mucho del literato que lleva dentro del cuerpo el señor ex Presidente del Congreso.

Pues si eso quieren, a eso vamos, que es labor muy fácil la de separar esas dos naturalezas en hombre que, públicamente, ha demostrado sus aficiones literarias.

Lejanos van ya los tiempos en que D. Augusto González Besada cifraba sus ilusiones en ser Gobernador civil de Pontevedra. Ahora hace Gobernadores... y hace otras cosas; pero como no me piden descubrimientos, sino fechas y datos, a ellos me limitaré.

Nació Besada en Túy el 23 de Junio de 1865. Tiene, pues, la edad que representa en el retrato, y el que desee noticias más concretas que sume por su cuenta, pues yo he decidido, como medida de gobierno interior, no contar los años de nadie, y he empezado tan sabio acuerdo no contándome los míos.

Siguió Besada la carrera de Abogado en Santiago, licenciándose el 22 de Junio de 1885. Ejerce la profesión desde hace muchos años... y cobra desde hace muy pocos.

A los catorce años, cuando aún cursaba el bachillerato en el Instituto de Pontevedra, escribió *unas cosas* en *El Bachiller*. No sé qué rotativo sería

El Bachiller, ni qué cosas escribiría Besada, pero juzgando por lo de los catorce años, me figuro que estaría desesperado, desengañado y harto de la vida. En literatura, de catorce a quince años, estamos todos desengañados y se quiere morir. Luego, de veinticinco a treinta, el suicidio se torna agresivo y queremos matar a otros. Mientras no los matamos somos críticos, que es un término medio entre el suicidio y el asesinato...

Durante la carrera de Abogado escribió en los periódicos de Santiago *La Cruz*, *El Libredón* y *El País Gallego*.

En Julio del año 85 obtuvo el premio del Ayuntamiento de Santiago por un trabajo titulado *Cuadro de la Literatura Gallega en los siglos XIII y XIV*. La Diputación de Pontevedra acordó editarlo, y bajo sus auspicios se publicó.

Por aquellos años también — 85, 86 y 87 — escribió los dos volúmenes de la *Historia Crítica de la Literatura Galle-*

ga, que fueron publicados por Martínez Salazar. De esta obra se han hecho diversas traducciones, especialmente al inglés y al alemán, por Mr. Spencer, Profesor de lenguas libres de la Universidad de Oxford.

Del 88 al 89 publicaba en *La Correspondencia Gallega* doce cartas de don Lucas de Túy al Metropolitano de San Jaime, y una de éste a D. Lucas, que hicieron mucho ruido. Parece ser que en Túy, los Metropolitanos y los Don Lucas se decían cosas pintorescas...—Bueno, toda la comarca gallega es muy pintoresca...—pero aquéllas ardían en un candil, y, naturalmente, ardieron también en un periódico.

En 1910 fué Mantenedor de los Juegos Florales de Santiago, y en 1915 de los de Alcoy, y siendo Ministro de la Gobernación aún tuvo humor y tiempo para hacer y leer en la presidencia de la Academia de Medicina un discurso—en la época del Centenario de Cervantes—

que versaba sobre *Las cualidades de Sancho para gobernar la ínsula Barataria.*

El tal discursito se las traía, como decimos por los barrios bajos, pues no deja de tener sus puntas de gracejo y sus ribetes de socarronería el estudio de las cualidades de Sancho para gobernar, examinadas por un Ministro de la Gobernación. Y los comentarios del propio cosechero pedían árnica..., cosa sencilla de recetar en la Academia de Medicina.

Todo este gran período de la vida de Besada, del ochenta al noventa y tantos, en que ya se dedica de lleno y por completo a la política y escribe de política y habla de política y sueña en política, está repleto de muestras literarias en prosa y..., ¡firmes!, ¡no desmayen los hacendistas ni pierdan el juicio los financieros!, *y en verso.*

El mismo Besada lo afirma. *Hice versos, publiqué algunos y quemé los más. Estoy arrepentidísimo de lo primero,*

aunque creo lavada en parte la culpa con la justicia que hice con lo segundo.

Aunque estas palabras tienen autenticidad, me parece que no la tienen las ideas. Claro está que si le editaran los versos en la *Gaceta*, en el *Diario de Sesiones* o en el tomo segundo de los presupuestos generales del Estado, habrían de antojársele por inoportunos y por hijos deformes de su fantasía. Claro está igualmente que si a la imaginación o a la vista se la presentaran cuando renueve cifras y despachos con el Director del Tesoro, había de rechazarlos por entremetidos... pero si a él vuelven en horas de paz, y aun mejor, en horas de fatiga y de cansancio, cuando la vida material, aun la más dichosa, asquea un poquito, y le gusta al alma remontarse de la tierra, seguro estoy de que otra vez le sonará la rima y se mecerá el espíritu con la cadencia de la santa poesía.

No sé de nadie que no lleve dentro de

sí mismo a un poeta. Sé de muchos que lo niegan, y aun de algunos que ellos mismos lo ignoran, pero no sé de nadie que no lo sienta por su alma.

Y Besada—ex Gobernador, ex Subsecretario, ex Ministro, ex Presidente del Congreso... y comentador de las cualidades de Sancho para gobernar...—podrá renegar cuanto le plazca de los versos. Y le perdonaremos el reniego, tanto más fácilmente cuanto que con los hechos desmiente las renegadas.

Besada, escribiendo la admirable biografía actual, sigue escribiendo versos. Y Besada, el ex primer peón caminero del reino, en su casa del Poyo, en Pontevedra, sigue escribiendo versos en las magníficas estrofas de aquellos arcos en que la piedra maravillosamente tallada semeja encajes que el aire va a quebrar.

Abajo, en la casa de cemento, está el ex Ministro de Hacienda. Arriba, en la iglesia restaurada, estará siempre el poeta.

Y así sea, que las dos cosas son perfectamente compatibles, y para las dos cosas tiene la vida sus horas bien distintas...

MANUEL LINARES RIVAS.

La Coruña.—Pazo de la Peregrina 10-1916.

En las andanzas de la política lléganme ahora unos días de descanso, y gustoso los aprovecho para tornar a mis aficiones literarias, evocando el recuerdo de las lozanías de mi vida, de aquella mi tierra de Galicia, de aquel mar que la arrulla y la amenaza, de aquellas torres de Compostela que la ampara, de aquellos risueños ríos que la fecundan; y en ese escenario de la poesía, todo el amor y belleza de *la mujer gallega y Rosalía Castro*, que acertó a ser la voz del pensamiento y del sentimiento de la región, encarnando en sus obras los tres atributos que Tirso de Molina proclamó en su *Mari Hernández la Gallega* y que forman el alma femenina de la raza: el valor, el ingenio y la ternura (1).

Porque empezaba mi vida cuando la suya se extinguía, y aprendí sus versos con romántica devoción; porque sentí en mi espíritu las palpitaciones de su alma apenada y

reveló a mi mente las ansias populares, es para mí grata labor la de discurrir sobre la vida y obras de un poeta de ayer, de una mujer que fué síntesis y compendio de las excelsas virtudes que, oscura y modestamente, tienen su asiento en las abnegadas y valientes mujeres de mi país.

Somos los gallegos de una tierra que está emplazada en el confín de Occidente, como el gran balcón de la casa solariega de Europa que mira al mar. Muy lejos del teatro en que la humanidad culta ventilaba sus querellas, concertaba sus alianzas y admiraba los ingenios gozando sus excelencias, fuimos en la historia casi desconocidos, y por modestos, laboriosos y honrados, algo así como una raza de obreros en permanente consagración al trabajo manual y de fuerza, con la predestinación al sufrimiento y la sumisión a la injusticia y al abuso del poderoso, que, estudiándonos mal y comprendiénnos peor, confundió la modestia con la torpeza, el hábito de resignación y de laboriosidad, con la condición de esclavo, y la honradez, con la cobarde fidelidad, que es patrimonio de los seres inferiores y rutinarios.

El alma soñadora de la raza sentía ansias de redención, y salvando mares y fronteras buscó en las cinco partes del mundo espacio para difundir todas las energías de su asombrosa fecundidad. Y fueron las Repúblicas americanas, y las selvas vírgenes del Africa, y las tierras ignotas de la Australia, el vasto taller de un pueblo que tuvo el don singular, sin duda por oprimido y castigado, de estudiar a la Humanidad y, por conocerla y saber servirla, de afirmar su preponderancia en ella, al punto de fundar el linaje de la mayoría de los hombres que rigen el destino de la mejor porción del nuevo mundo y de lograr al cabo imponerse como los más esforzados propulsores del progreso de las naciones formadas calladamente por el esfuerzo, la inteligencia y la perseverancia de sus antepasados.

Y va desmoronándose la leyenda que tejieron espíritus frívolos, naciendo a la verdad de la historia con toda la gallardía de lo nuevo, el juicio exacto de aquella región, cuyos moradores, pareciendo débiles y pusilánimes, merecieron a los grandes caudillos de las guerras antiguas y modernas,

por su arrojo y su valor, el dictado de *inimitables*; pareciendo incultos, llenaron la historia de su patria con la ciencia y el arte de sus hijos; pareciendo esclavos, fueron los primeros en derrocar el feudalismo y en afirmar las libertades públicas antes de que estuvieran escritas en las leyes; pareciendo torpes, en donde quiera que se encuentran asesoran y dirigen; pareciendo egoístas, tuvieron el altruísmo de sacrificar su propia historia, mientras contribuían poderosamente a labrar con sillares inconmovibles la historia de otras naciones.

Ya no es Galicia el plantel fecundo que abastece a España de labradores, de obreros y de siervos. Bajo la corteza tosca y el hábito burdo del infatigable segador de las mieses castellanas y del mozo de labor de la campiña americana, palpitaba un corazón arrojado y bullía un cerebro apto para convertirle en el inteligente hacendado que rige las grandes colonias de América, Africa y Oceanía; dentro de aquel obrero manual que, sin estudios ni reglas, y casi sin instrumentos, tallaba las piedras, alentaba el experto mecánico que dirige en el mundo gran-

des industrias; y en la fidelidad y probidad del criado que sabía obedecer con el automatismo del siervo, vivía el espíritu del amo que sabe mandar con la autoridad del gran señor.

Los secretos de su fuerza, aparte la intelectualidad de la raza, fueron la laboriosidad, la honradez y la perseverancia, virtudes que sólo arraigan en el espíritu cuando le asiste la conciencia de sus grandes energías y la fe ciega en su destino; pero ni las energías ni la fe son patrimonio de los hombres, digan lo que quieran vanidades y soberbias masculinas, que desde que el mundo es mundo, en el fondo de todas las hazañas, en el misterio de los heroísmos, en la complejidad de los grandes acontecimientos, como en la labor diaria, modesta o sobresaliente, honrada o pecaminosa, ha palpitado siempre el influjo de la mujer, gran propulsora, agente misterioso, resorte mágico del pensamiento y del sentimiento del varón.

Y es fuerza estudiar a la mujer gallega buscándola en el santuario del hogar, centro de su vida, limpio el espíritu de aquella su aparente timidez y real desconfianza que

así la esfuma en la relación social como la eleva y agiganta en el círculo de la familia; y penetrando al través de adusteces y, en ocasiones, de acritudes del carácter, que desarman y desconciertan al más arrojado, y venciendo engañosas reservas, que parecen torpeza a los incautos y peligrosa guardia a los avisados, quedarán al descubierto las intimidades de su cerebro y de su corazón, los dos grandes resortes que operan calladamente el milagro, en una sociedad escéptica, de mantener poderoso y fuerte el vínculo familiar forjado en el crisol de la abnegación y el sacrificio, de oscuro heroísmo, de perseverante esfuerzo, de caudales de ternura, de bien medidas severidades, de aquel magnífico altruísmo que sólo son capaces de sentir los seres esencialmente organizados para amar.

La gallega es laboriosa y resuelta, sin que le arredre el trabajo, ni la intimiden las dificultades. Cuando el hogar se apaga, porque la cosecha se ha perdido, o el mar niega su rendimiento; cuando el marido, harto de luchar, se siente vencido, y el viejo se resigna a morir y los hijos piden pan, una

sola energía brilla en la choza desolada: la mujer, espíritu fuerte que provee a todo y a todos, que alienta al esposo, consuela al anciano y alimenta a los niños, siendo la primera para el sacrificio y la última para los cuidados necesarios a la vida. Ella, la que antes no era más que esposa amante y madre cariñosa, consagrada por entero a los menesteres de su casa, se crece, se agiganta, cuando la necesidad lo exige, y revelando singulares aptitudes para todo trabajo, lo mismo labra el campo que apacienta el ganado, nutre con su sabia al hijo del poderoso, compra y vende, cose, hila y teje, sin que haya oficio que se le resista, ni empresa que no acometa, ni esbirro que no la tema, ni acreedor que no se rinda, ni dificultad que no resuelva, alcanzando con lágrimas o con enojos, en fuerza de perseverancia, lo que no acierta a conseguir el varón más esforzado.

Y esta condición adquiere singular relieve en el litoral. La esposa del marinero, más que amor, siente admiración por su marido, y le compensa de los diarios riesgos con que el mar le amenaza, aliviándole en

tierra de todo trabajo y preocupación. Es a un tiempo mujer y jefe del hogar, administra la hacienda, cobra y paga, satisface los tributos, educa a los hijos, ventila las querellas y asume de tal manera la vida familiar que cuando él abandona la barca se consagra por entero al descanso y al recreo, con aquellas limitaciones que la previsión de su compañera le impone y a las que dócil y amorosamente se somete.

Cuando el hombre se ausenta y, salvando los mares, busca en lejanas tierras el sustento que la patria le niega, el hogar gallego no se resiente, antes bien, parece que su condición mejora al estímulo de una severa economía y diligente laboriosidad de los que quedan. Provee la mujer con su trabajo, secundada por los hijos, apenas la edad lo consiente, al sustento de la familia, y auméntase la hacienda con el ahorro que envía el esposo ausente, una vez satisfechas rentas y deudas, que a unas y otras obligaciones atiende el fruto de la emigración. Y en este ambiente de sobriedad y trabajo van creciendo los hijos, sabiamente aleccionados por las necesidades y las enseñanzas de un hogar sin

padre, y ellos son, por obra de la mujer, los que más tarde hacen el milagro de aportar a su patria de la tierra americana grandes fortunas amasadas con labor perseverante y a prueba de privaciones y sacrificios.

Pero no hay nada tan grande, tan heroico, tan sublime, como la viuda gallega. Secas apenas las lágrimas, único caudal que sobrevive al padre en el hogar humilde, aquella mujer, en apariencia débil, toda amor para su esposo, bondad y ternura para sus hijos, se transforma, y cual si de su propio desamparo sacara fuerzas para dominar la flaqueza de su espíritu, haciendo frente a la adversidad, es de ver la energía que despliega, las austeridades que impone, el hábil manejo de severidad y condescendencia con sus hijos, los prodigios de economía, la solicitud, la perseverancia y la laboriosidad puestas al servicio del deber. No alcanza jamás el hombre diligente los extremos de previsión a que llega la mujer desvalida; no acierta el padre más celoso a infundir en sus hijos la sensación de la necesidad y la vocación al trabajo que logra una madre con su esfuerzo; no vence el marido los obstáculos

que al porvenir de su descendencia ofrece la ingratitud de la vida, y es, en cambio, labor relativamente fácil para la viuda encaminarla sorteando los escollos, abriendo para el favor las puertas del valimiento, limpiando el camino del que empieza a marchar, llevando de la mano al que sube, sosteniendo al que desfallece, enderezando al que se tuerce, aprisionando al que deserta y rindiendo al fin su existencia, al tocar el término de la empresa, cual si a la santidad de la madre bastárale la certidumbre del éxito, o hubiera de empañarse la pureza del sentimiento que la mueve con la recreación de su espíritu en la grandeza de la propia obra. Cuando en Galicia veáis un joven que se eleva pujante y vigoroso entre la generación de su tiempo, no preguntéis quién es el padre feliz de aquel afortunado, buscad las huellas de la madre heroica, de la viuda ejemplar, y descubríos con admiración y con respeto ante su memoria. Las madres gallegas son las modestas y esforzadas creadoras de casi todas las glorias de mi tierra.

La mujer de Galicia no es inquieta y bulli-

ciosa, ni acostumbra a recrear su espíritu entre las mil frivolidades que son sustancia para el alma femenina; antes bien, es seria y reflexiva, cual si desde la adolescencia presintiera el fondo de amargura que la vida encierra y se aprestara a preparar su espíritu para posibles luchas y obligadas resignaciones. Con su natural precocidad, es desde niña compañera de su madre y madre de sus hermanos; se informa de las estrecheces y preocupaciones del hogar, y toma a su cuidado, por singular condición de su carácter, la labor de endulzar las penas y de ocultar o disimular sus propias contrariedades. Así es de reflexiva, que más que mujer formada de ilusiones y esperanzas, discurre y habla con la voz de la experiencia y los desengaños; siente, o sin sentir la infunde a los que la rodean, gran confianza; templa los rigores del enojo, dirime las contiendas familiares e interpone el consejo y aun el ruego para desarmar los impulsos de la pasión, en forma tal, que antes que mujer pareciera filósofo si no engarzara las palabras con lágrimas y con risas, con insinuaciones seductoras, con recursos extraordinarios, que

así desconciertan como ganan la voluntad del más irascible y ofuscado.

Y es ingeniosa y ágil de pensamiento y de palabra, con aquel donaire y sencillez que, rechazando toda confusión en el discurrir, busca sin esfuerzo en la realidad la fórmula más adecuada; y es burlona y cáustica, cuando su natural desconfianza advierte doblez en el que la corteja o la interroga; y es compasiva con el desgraciado, altiva con el arrogante, rebelde a la tiranía, desinteresada en el afecto, sobria en el vivir, religiosa y aun fácil al misticismo, revelación de un temperamento espiritualizado, apto para un pensar muy hondo y para un sentir muy profundo.

Tantas y tan varias aptitudes hacen compleja el alma de la mujer gallega, y esa complejidad puede explicar el considerable número de figuras de singular relieve, que en los diferentes aspectos de la intelectualidad esmaltan la historia de aquel país y el conjunto de episodios reveladores de los atributos de una raza fuerte que nos la presenta luchando con bravura inimitable por la independencia de su pueblo y rechazando con

su intrepidez y su tesón las huestes del invasor. Por eso Galicia ha dado a la religión mártires y santas, reinas a los tronos, heroínas a las guerras, pensadoras a la ciencia, ángeles a la caridad y una Rosalía Castro, entre otras mil escritoras, a la poesía.

Ya en el siglo II brillaron Santa Marina (2) y Santa Eufemia (3), santas y mártires de tan singular relieve, que su fe y su virtud eclipsaron otras glorias de su suelo y de su tiempo. Al mediar el siglo IV, en plena herejía del Gallego Prisciliano, y siendo emperador de Oriente el también gallego Teodosio el Grande, iluminó su época el vivo fulgor de Etheria (4), mujer «más valiente que todos los hombres de su siglo», en frase feliz de San Valerio, autora de *La Peregrinatio*, nacida «en aquella región del Noroeste que limita con el mar», mecida en nobilísima cuna, cumplimentada en Oriente por monjes, clérigos y prelados, y servida en su largo viaje por fuertes escoltas que a sus órdenes ponían los comandantes de las fortalezas romanas. Casi al mismo tiempo sobresalía en el mundo otra mujer eminente, Agape (5), maestra primero y compañera más tarde de

Prisciliano, como él gallega, fundadora de la secta de las agapetas que duró hasta el siglo XII, dotada de una gran belleza y de tan singular persuasiva elocuencia, que logró constituir un verdadero apostolado de mujeres encargadas de difundir y propagar sus doctrinas por las Galias; Santa Ilduara (6), sabia y noble mujer, madre y maestra de San Rosendo, la más grande figura gallega del siglo X; su sobrina doña Elvira Núñez (7), primera esposa de Ordoño II y madre de los reyes don Sancho, don Alfonso IV y don Ramiro II; doña Gotona (8), esposa del Rey don Sancho, asombro de su tiempo por su singular virtud, muerta a fines del siglo X en el Monasterio de Santa María de Castrelo; doña Adosinda, mujer de Ramiro II; la condesa doña Mayor, esposa de Menendo González, tutora y educadora de Alfonso V; la reina doña Elvira, esposa de este monarca y madre de Bermudo II, señora dotada de un exquisito tacto político; doña Inés de Castro (9), *la Caralinda*, cantada por Camoens, Bermúdez de Castro, Vélez de Guevara y Víctor Hugo; su hermana doña Juana, la infortunada esposa de don Pedro

de Castilla; la hermosa María Teresa Caamaño (10), «la de los raros talentos», María Francisca Isla (11), la consejera de su hermano; doña Josefa de Zúñiga y Castro, condesa de Lemus, fundadora en Madrid de la Academia del Buen Gusto; Mayor Fernández Pita, la heroína (12); Juana de Vega, condesa de la Mina, la discreta; Teresa Herrera, la abnegada; Concepción Arenal, la pensadora; Rosalía de Castro, la personificación de la poesía.

A la laboriosidad y a la fecundidad de la mujer gallega cantan Silvio Itálico y otros (13); a su fortaleza y a su bravura, Vizcayno, Juan de la Puente y Morales (14); a su hermosura y a su arrojo, Amiano Marcelino y Appiano (15) a su fiereza y a su amor a la libertad, que la lleva a arrancar con sus manos desnudas las cortantes espadas de los legionarios, para matar a sus hijos y suicidarse después, logrando así sustraerse a la esclavitud.

Con gallegas formó Carlo Magno un ejército para rendir a los sarracenos (16); gallegas fueron las que pelearon heroicamente, en defensa de su suelo, contra las legiones

de Decio Bruto, y mandadas degollar recibieron la muerte sin protesta ni gemido (17); gallegas, las dueñas y doncellas de la esposa de Alvar Pérez de Castro, que, armadas como soldados, defendieron el Castillo de Martos de los ataques de la morisma, en ausencia de los caballeros cristianos; gallegas, las de la heroica defensa de El Ferrol contra las tropas del rey de Portugal (18); a una gallega atribuye la leyenda (19) la redención del tan discutido tributo de las Cien doncellas; una gallega, con los atisbos de su raza celta, profetizó el porvenir de Felipe el Hermoso, al desembarcar en La Coruña (20), y en Galicia, como homenaje a la mujer, brotó la inspiración para componer el más admirable de los himnos a la más sublime de las mujeres, la *Salve Regina*, que a diario repite toda la cristiandad (21). Y se explica bien que la Salve sea gallega, porque sólo allí, en donde dicen *finisterre*, frente a la grandeza del mar, que brama, y bajo el rugir de la tempestad, con la espalda vuelta a los hombres y a la tierra, y la mirada perdida en lo infinito, recia el alma para el sufrimiento, pronto el corazón para

la lucha, indómito el espíritu para toda esclavitud, pueden brotar la fe y la piedad tomando forma, no para apelar a la omnipotencia de un Dios, amparo supremo del que teme, sí, para suplicar a la que es Madre de Dios y de los hombres, latido de amor, fuente de ternura, que pone en los labios del que espera aquellas inspiradas palabras: «a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.»

Con tales precedentes os explicaréis bien cómo una mujer inspirada y culta, dotada de singulares facultades, que hubo de templar su espíritu en las grandes amarguras de la vida, acierta a compenetrarse con las ansias y dolores de los suyos y a verter en sus versos el alma del pueblo en que ha nacido. Rosalía es la encarnación de la mujer fuerte, a quien no logra abatir la desgracia, persiguiéndola desde la cuna, ni la enfermedad y el dolor, saeteándola desde la juventud, a quien no seducen la notoriedad y la gloria, ni vence la lisonja, ni ciega la ambición.

Su nombre no despierta en mi recuerdo, como primer homenaje, la admiración para

sus obras. Tribútenselo en buen hora los extraños, que los saturados del ambiente regional antes le debemos pleitesía por su rara fortaleza y su singular modestia, por aquel su soberano desdén para la fama que al fin recogió su nombre, después de haber sido con ella la vida ingrata, la fortuna adversa y la posteridad injusta.

Tiene su historia la melancolía del campo gallego, y tienen sus obras la fragancia de las flores silvestres. Son ellas, con el olvido de las propias amarguras, la dedicación de un espíritu a la desgracia ajena, y por Dios que alma tan grande difícilmente podía rendirse a otra majestad más digna de su grandeza.

Nació Rosalía Castro en Santiago de Compostela, en el año 1837 (22), en la Casa del Camino Nuevo, que hace esquina a la carretera de Conjo (23), modesta vivienda que todavía se conserva, a despecho de las injurias inferidas por el tiempo, el abandono y las hiedras que la destruyen y aprisionan. Dice Murguía, con frase feliz, que doña Teresa Castro (24), madre de Rosalía, pareció transmitir a la carne de su carne todos los

C. SOBRING

«secretos terrores que sintió cuando la tuvo en sus entrañas», y sin duda que aquellas amarguras, más presentidas que alcanzadas en los días de su adolescencia, templaron su espíritu para cantar las cuitas de los oprimidos y flagelar y confundir a los opresores.

Fué en su infancia delgaducha, enfermiza y espigada, con ese aspecto de la niñez triste, que parece concentrar en los ojos las ansias de un vivir incomprensible, de un espíritu soñador que se afana por romper la férrea prisión del organismo, rebelde a todas las lozanías de la primavera. Ya mujer, dióle la Naturaleza encantos que muy presto la enfermedad y las penalidades de su vida se encargaron de marchitar. Era, según narran sus contemporáneos, alta y delgada, la tez de un limpísimo moreno claro, negros y profundos los ojos y abundantísima y negra la cabellera. La boca muy grande, de labios muy rojos e irreprochable dentadura, corta y bien delineada la nariz, el óvalo del rostro imperfecto por tener los pómulos abultados, busto prominente, cintura estrecha, fina la mano y muy delgados los dedos. En

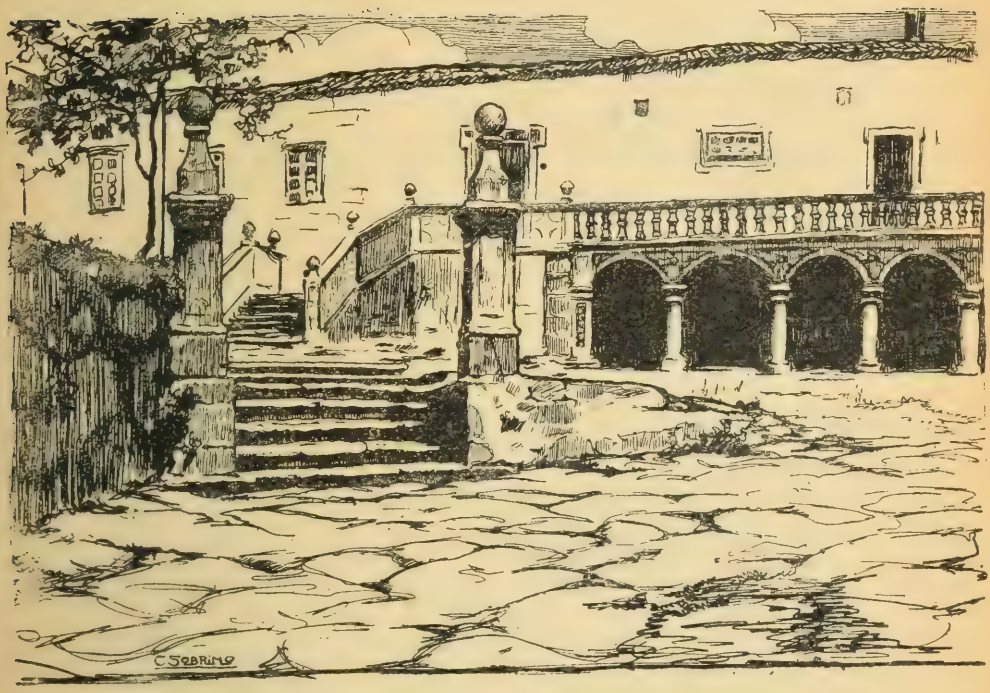
reposo, su expresión era melancólica; mas cuando hablaba, parpadeaban mucho sus ojos y cobraban singular belleza, cual si se agrandaran merced a lo frondoso y ondulado de sus largas pestañas y al primoroso esmalte de la córnea, que resaltaba luminoso y blanco sobre la profunda negrura del iris. Distinguidísima en los ademanes, naturalmente graciosa y suelta en las actitudes, dotada de linda, dulce y acontraltada voz, realzaban, más que la belleza, lo interesante y misterioso de su figura, la afabilidad y sencillez de su trato y su amor a la música, a los pájaros y a las flores.

Los que la recuerden, minada ya su naturaleza, antes que por los años, por la cruel enfermedad que segó su vida, creerán esta descripción piadoso homenaje rendido a la mujer con positivo quebranto de la verdad. Hundidos los ojos, prominentes los pómulos, flácida y delgada, deforme el vientre por el cáncer que la consumía, era una figura espectral, de imponente severidad, sólo templada por los dulces resplandores de aquellos ojos, a los que se asomaba el alma, transida de amarguras, para afirmar la for-

taleza de su espíritu, todo altruísmo y caridad (25).

Diéronle una educación muy superior a la que se acostumbraba a dar a las jóvenes de su tiempo, aun a las de noble estirpe y posición muy holgada, y ella le permitió, en edad muy temprana, conocer correctamente el francés, dibujar con soltura (26), tocar el piano y la guitarra y cantar con afinación. Es fama que a los quince años tomó parte en una función teatral, que para fines benéficos organizó la Sociedad *Liceo de Santiago,* y a los diez y siete desempeñó el papel de protagonista de la *Rosmunda*, de Gil y Zárate, arrebatando al público, que la arrojó flores y palomas (27).

El vigor de su espíritu luchaba bravamente con la flaqueza y rebeldía de su organismo, y vencida por la enfermedad, regresa de Santiago a Padrón, pasando todo un invierno en la casa grande de Lestrove. *La Choiña*, una campesina natural de Lage, que más tarde había de criar a su hija Alejandra, la distrae de sus tristezas con cuentos y canciones de carácter regional, y en las tertulias patriarcales del amplio *llar*



LA RETÉN.—CASA DONDE VIVIÓ ROSALÍA

(hornadas, hilas y *espadelas)*, encuentra su alma satisfacción y consuelo, que en el andar de su vida hubo de remembrar en sus poesías.

A los diez y nueve años, y por causas no bien conocidas, que inducen a pensar si abrigaba el propósito de dedicarse al Teatro, viene a Madrid, dejando a su madre en Padrón, y traba conocimiento y cultiva la amistad de Eduardo Chao, Eulogio Floren-

tino Sanz y Ventura Ruiz de Aguilera. Por entonces (1857) (28) había ya estrenado Eulogio Florentino Sanz su *Don Francisco de Quevedo y Achaques de la vejez;* tenía su personalidad grande y merecido ascendiente entre actores y empresarios, y no es temerario suponer que a su protección fiaba Rosalía la realización de aquel propósito, que dada la modestia de su carácter y su resistencia a la notoriedad, caso de ser cierto, más debió responder a los apremios de la necesidad que a las solicitudes de la vocación.

Coincidiendo con su estancia en la Corte, el día 15 de Mayo de 1857 publica E. Florentino Sanz, en el *Museo Universal*, *Las Canciones*, de H. Heine, traducidas del alemán, y en el *Museo Universal* aparecen poco tiempo después los primeros versos de Rosalía, editándose también en el mismo año su primer libro de poesías, *La Flor* (29). Fué, sin duda, Heine, fueron *Las Canciones*, el despertar de su espíritu; fué Sanz el Mecenas que le dió a conocer las *Rimas* y la impulsó a adquirir la traducción francesa. En ella bebió la inspiración; en su factura vació pensamiento y sentimiento, y brotaron sus

cantares flúidos, frescos y espontáneos, como las claras aguas de las fuentes (30).

Con mejor intención que acierto, hubieron de atribuirse a los *Cantares gallegos* inspiración becqueriana, y no faltó quien afirmase que una de sus composiciones, la que empieza «Adiós ríos, adiós fontes», estaba calcada en alguna de las *Rimas* (31). Posible es que la crítica pueda encontrar puntos de coincidencia; pero séanos dado recabar para ella la paternidad del original, ya que «Adiós ríos, adiós fontes», apareció en el *Museo Universal* en el año 1859, y la primera edición de los *Cantares gallegos* en el de 1863, en tanto que las *Rimas* de Bécquer no fueron conocidas hasta 1870, que las publicó Rodríguez Correa.

Que nuestra biografiada se inspiró en Heine, lo demuestra un análisis comparativo de *Follas Novas* y las *Canciones,* traducidas por Eulogio Florentino Sanz. Véanse algunas como ejemplo:

¿Por qué, miña almiña, etc. (R. Castro.)
¿Por qué, dime bien mío, etc. (H. Heine.)
Mayo longo..., Mayo longo (R. Castro.)
Ya vino Mayo, con Mayo tornan (H. Heine.)

Lo que sí parece fuera de duda es que Rosalía y Bécquer tuvieron una misma fuente de inspiración: Heine; con la diferencia de que lo conoció primero Rosalia; lo tradujo del francés; facilitó el libro a Bécquer, gran amigo de Murguía; le leyó todas sus obras inéditas y publicadas; recibió sus alientos y consejos, y cuando Bécquer se dió a conocer como poeta, ya llevaba muchos años impresa la (32) primera edición de los *Cantares gallegos*. Invita, en consecuencia, el rigor de los hechos, a estimar más razonable la influencia de ella sobre él, por la prioridad de sus obras, siquiera explique fácilmente la confusión el amplio horizonte que para difundirse tenía el verso castellano, y el escaso, y no muy devoto público del entonces desconocido y arrinconado idioma de Galicia.

Algo análogo hubo de ocurrir con las *Doloras*, que también supuso la crítica influídas por la musa de Bécquer, sin que pueda encontrarse a este positivo error más razonable explicación que la longevidad de Campoamor, que tanto le acerca a nosotros, y la temprana muerte de Bécquer, que a tan

grande distancia le coloca de las generaciones actuales.

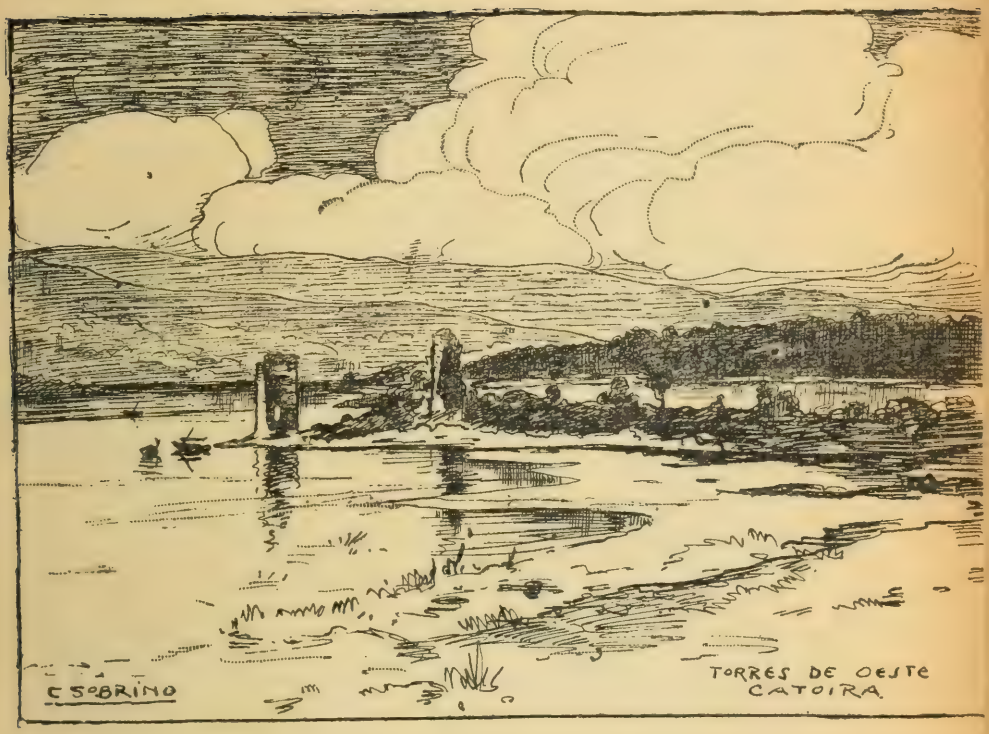
Y si bien se estudian y comparan las poesías de Rosalía, aun las castellanas, con las de Bécquer, fácil será advertir las diferencias sustanciales que las separan. Encierran las de aquélla una más genial inspiración, mayor intensidad de sentimiento, más riqueza de motivos y conocimiento más acabado de las grandes amarguras de la vida, a cambio de un cierto desaliño, pobreza de léxico, modestia y sencillez, que son características de los cantos populares, singularmente cuando emplean su idioma regional. Ella fué la voz de los humildes, el eco de los oprimidos, cantora de la Naturaleza, escrutadora de las almas tristes e implacable censora de la injusticia y de los opresores, en tanto que Bécquer, vistiendo sus trovas con las galas cortesanas y el espléndido atavío de nuestra rica lengua nacional, destiló en ellas, con preferencia, sus propios infortunios y las hieles de su espíritu triste y desolado.

A los veintiún años, en el de 1858, contrajo matrimonio nuestra biografiada con don Ma-

nuel Murguía, historiador gallego, eminente publicista, figura de alto relieve en el mundo literario. Por uno de tantos y tan frecuentes contrastes de la vida, anduvo el matrimonio desde sus comienzos, tan sobrado de facultades como escaso de recursos, agravando la estrechez de su posición la menguada salud de Rosalía y los crueles sufrimientos de su embarazo, que demandaban solícitos cuidados. En aquel tiempo, Chao, conocedor de la precaria situación del matrimonio, procúrales con delicadeza algún auxilio, haciendo editar en Vigo *La hija del mar*, primer ensayo de novela, lleno de sentimiento y de ternura, que apenas logró atraer la pública atención.

Nace su primera hija, Alejandra, y por apremios de la vida resuélvese a dejarla al cuidado de su madre en Padrón, partiendo con su esposo; y fué entonces, apenas cumplidos los veintitrés años, cuando al recorrer la estepa castellana, con el alma llena de añoranzas, escribe una de sus más tiernas composiciones:

«*Adiós ríos, adiós fontes*
Adiós regatos pequenos,



Adiós vista dos meus ollos,
Non sei cando nos veremos.
Miña terra, miña terra,
Terra donde m'eu criei,
Hortiña que quero tanto,
Figueiriñas que prantei.
Prados, ríos, arboredas,
Pinares que move o vento,
Paxariños piadores,
Casiña do meu contento.
Muhiño d'os castañares,
Noites craras de luar,

Campaniñas timbradoras
Dá igrexiña dó lugar.
  Amariñas d'ás silveiras
Qu'eu lle dab'ó meu amor,
Camiñiños antr'ó millo,
¡Adiós para sempr' adiós!
  ¡Adiós groria! ¡Adiós contento!
¡Deixo a casa onde nacín,
Deixo a aldea que conoço,
Por un mundo que non vín!
  Deixo amigos por extraños,
Deixo a veiga pó-lo mar,
Deixo, en fin, canto ben quero...
¡Quén pudera non deixar!...
.....
  Mais son pobre, e mal pecado,
A miña terra n'é miña,
  Qu'hastra lle dan de prestado
A veira por que camiña
O que naceu desdichado.
.....

Y termina:

«¡Adiós tamén, queridiña...
Adiós por sempre quizáis!...
Dígoch'este adiós chorando
Desd'á veiriña do mar.
  Non m'olvides, queridiña,
Si morro de soidás...
Tantas legoas mar adentro...
¡Miña casiña! ¡meu lar!»

Encontrándose en Simancas, en donde preparaba Murguía el primer tomo de su

Historia de Galicia, tropieza una tarde con un grupo de gallegos que habían sido contratados para la siega. Con cariñosa solicitud les interroga sobre las utilidades del contrato, y al enterarse del trato inhumano (33) a que los sometieran, vibrante de indignación por el abuso, y llena de piedad para sus pobres paisanos, prorrumpe en aquellas inimitables estrofas:

«*Castellanos de Castilla,*
Tratade ben ós gallegos;
Cuando van, van como rosas,
Cuando ven, vén como negros.
Cando foi iba sorrindo,
Cuando veu, viña morrendo
A luciña d'os meus ollos,
O amantiño do meu peito.
Aquel, mais que neve branco,
Aquel de doçuras cheyo,
Aquel por quen eu vivía
E sin quen vivir non quero.
Foi a Castilla por pan,
E saramagos lle deron;
Déronlle fel por bebida,
Peniñas por alimento.
Déronlle, en fin, canto amargo
Tén â vida no seu seo...
¡Castellanos, castellanos!
Tendes coraçón de ferro...», etc.

Aquel organismo débil, de tan intensa vida espiritual, no podía resistir sin quebranto la ausencia de su tierra, y por prescripción facultativa regresa a Padrón a tiempo de recoger el último aliento de su madre. Grande había de ser la pena en quien era todo amor para los suyos; pero cabe suponer que al llorarla no lamentó sólo la ausencia, y que la grave enfermedad que padeció y la más honda tristeza que, a partir de entonces, fué su inseparable compañera hasta la tumba, respondieron a revelaciones que en el instante de perder a la autora de sus días hicieron más grande y venerada su memoria. El libro *A mi madre* (34) es la delicada ofrenda de un corazón que recoge para cantar como propias penas, torturas y desgracias ajenas.

En 1861 publica en Madrid otro ensayo de novela, que titula *Flavio* (35), y en 1863, y sin que ella lo supiera, empieza a editarse el libro *Cantares gallegos* (36), que no logró alcanzar en España, ni siquiera en Galicia, la notoriedad que merecía. En España, por la escasa atención que se prestaba a la literatura popular, y en la pequeña patria... por

eso, porque era la suya, y un poeta nuevo, y además mujer, y por añadidura pobre y modesta, es planta de difícil arraigo y de lenta y muy accidentada aclimatación. Fué Cataluña, más atenta a la vida regional, la primera que, estimando el mérito de aquella obra, vertió su mayor parte al catalán; fueron los espíritus cultivados, el de D. Francisco de Paula Canalejas (37), entre ellos, los que la saludaron como «dichosa aparición y renovación de la poesía en las fuentes siempre vivas de la inspiración popular»; fué Emilia Pardo Bazán la que, con feliz acierto, hubo de calificarla como «miel de un panal nuevo».

Y ya a partir de aquella fecha (1864), se publicó el folleto *Ruinas* (38), y en 1867, *El caballero de las botas azules* (39), novela que no todos entendieron; pero efusivamente celebrada por Fernán Caballero, y de la cual podemos decir, ya que más no cumple a este estudio, que la autora se anticipó a su tiempo y que aguarda todavía la hora de la justicia. Por entonces, los poetas de la Provenza, con insistencia muy honrosa, la invitan a presidir las fiestas de sus Juegos florales,

invitación que ella resiste llena de santa modestia, e invocando el cuidado de sus hijos y de su hogar, todo pobreza y sufrimiento.

Hasta 1872, que aparece la segunda edición de *Cantares gallegos* (40), puede afirmarse que todas sus producciones se editaron a pesar suyo. Chao la sorprende con *La hija del mar*, Murguía, con *Ruinas*; más tarde la hace creer que *El caballero de las botas azules* se propone darlo a la estampa con su nombre, y antes de presentarle el primer pliego de la primera edición de *Cantares gallegos,* la estimula a escribir, cual si fuera por mero pasatiempo y sin mayor finalidad. Es fama que, sentados frente a frente, y tomándolo más como juego que como labor seria, haciala versificar, siendo su facilidad por tal manera extraordinaria, que escribió alguna composición sin levantar la pluma del papel. Entre otras que recuerdan esos instantes de humorismo, puede citarse aquella qne empieza:

«San Antonio bendito,
Dádeme un home,
Aunque me mate,
Aunque m'esfole.

Meu santo San Antonio
Daime un homiño,
Aunqu'ó tamaño teña
D'un grau de millo.

Poesías hay en ese libro escritas exclusivamente para cantárselas a su hija, entre otras, aquella que dice:

«Miña Santiña,
Miña Santasa,
Miña cariña
De calabasa
Ei d'emprestarbos
Os meus pendentes,
Ei d'emprestarbos
O meu collar;
Ei d'emprestarcho,
Cara bonita,
Si me desprendes
A puntear...»
. . . . . .

Pero aquella su sincera modestia y actitud absolutamente refractaria a la publicidad, que la llevó a decir a su esposo que «no juzgaba correcto que el nombre de una mujer anduviese rodando por el mundo en librotes y papeles», cambió a partir de 1872. Vendido el escaso patrimonio de su madre, agravada la penuria de su hogar, necesitado

Murguía de volver a Madrid para continuar sus estudios históricos, ofrécela un editor apreciable cantidad por la segunda edición de *Cantares gallegos*, y lo que no habían logrado estímulos de notoriedad, consíguelo fácilmente el amor a los suyos, autorizando la nueva publicación para procurar medios de subsistencia a sus hijos, a aquellos hijos que ella sola instruía y educaba con singular ternura y maternal solicitud.

Del alcance de su libro da buena medida lo que la misma autora consigna en el prólogo, después de dedicar la obra a Fernán Caballero «por haberse apartado algún tanto—dice—, en las cortas páginas en que se ocupó de Galicia, de las vulgares preocupaciones con que se pretende manchar al país.»

«Por esto (consigna en el prólogo) inda achándome débil en forzas, e n'a bendo deprendido en máis escola qu'á d'os nosos probes aldeans, guiada sólo por aqueles cantares, aquelas palabras cariñosas e aqueles xiros nunca olvidados que tan docemente resoaron nos meus oídos desd' a cuna, e que foran recollidos pó-lo-meu coraçon como harencia propia, atrevinme a escribir estos

cantares, esforzándome en dar a conocer cómo algunhas d'as nosas poéticas costumes inda conservan certa frescura patriarcal e primitiva, e com'ó noso dialecto doce e sonoro e tan a propósito com'ó pirmeiro para toda clase de versificación.»

Invoca más adelante, lamentando sus escasas facultades, el libro de los *Cantares*, de Trueba, en el que dice haberse inspirado; duélese de la falsedad con que pintan a los hijos de Galicia; compara las arideces de Castilla, y aun las excelencias de otras regiones, con la belleza de su tierra, que con entusiasmo describe, y consigna su aspiración a restablecer la verdad, presentando el espíritu de su pueblo y reproduciendo sus cantos, quejas, lágrimas, suspiros, romerías, paisajes, pinares, soledades, riberas, costumbres, cuanto por su forma y colorido sea digno de ser cantado, todo lo que teniendo un eco, una voz, haya llegado a conmoverla. Y eso es en verdad el libro, Galicia en verso, subjetiva y objetivamente, fundiendo la hermosura del paisaje con la sensibilidad de sus moradores, revelando las bellezas del suelo, las costumbres de sus hi-

jos, sus penas y sus alegrías, con la sencilla y honrada verdad, que excluyen a un tiempo afeites y disimulos, como que son el alma popular enamorada de su tierra, con la dulce melancolía del resignado, con la fina ironía del preterido, con la cáustica censura y altiva protesta que despiertan en los seres conscientes el desdén, el olvido y la injusticia.

De cómo supo hacerlo, da la medida, la facilidad con que, al ser conocidos entre la gente del campo, se divulgaron sus cantares, y de su genial inspiración, el desenfado con que rompió los viejos moldes de la métrica y acertó a decir con armonía inimitable lo que su alma sentía, aquella alma tan fuerte, que para aliviar ajenos dolores ahogó gallardamente sus propias amarguras.

En aquel mismo año de 1872 pasó a Santiago para que su hija Alejandra se perfeccionara en el dibujo, y allí vivió hasta 1875, que hubo de nacer el ansiado hijo varón, Honorato Alejandro, para morir muy pronto, sumiéndola en un gran desconsuelo.

Llamado Murguía a Madrid por Chao con el encargo de dirigir *La Ilustración Espa-*

ñola y Americana, publícase en la Habana el nuevo libro de Rosalía, *Follas Novas*. Del estado de su ánimo dan inequívoca muestra las «Duas palabras d'a autora» que le preceden, y que, traducidas, dicen así: «Ignoro lo que haya en mi libro de los propios pesares o de los ajenos, aunque bien puedo tenerlos todos por míos, pues los acostumbrados a la desgracia llegan a contar por suyos los que afligen a los demás.»

Escribió Castelar el prólogo de este libro, dando nuevo testimonio del asombroso poder imaginativo de aquel hombre que sin conocer a Galicia, la describe y, lo que es más extraordinario, la siente. Si Rosalía se dolió en *Cantares gallegos* de la injusticia con que trataban a su tierra, colmados debieron quedar sus deseos con el juicio de tan grande prestigio nacional, que canta a un tiempo la belleza del suelo, las virtudes de sus hijos y las excelencias del idioma. Estudiando las poesías, dice: «No conozco en las diversas lenguas literarias de la Península composición alguna más tierna y más sentida que la titulada *¡Padrón! ¡Padrón!*», que a continuación insertamos:

PAISAJE DE LA RÍA

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

I

Aquelas risas sin fin,
Aquel brincar sin delor,
Aquela louca alegría,
¿Por qué acabou?
Aquelos doces cantares,

Aquelas falas d'amor,
Aquelas noites serenas,
¿Por qué non son?
Aquel vibrar sonoroso
D'as cordas d'arpa y-os sons
D'a guitarra malencónica,
¿Quén os levou?
Todo é silensio mudo,
Soidá, pavor,
Ond'outro tempo a dicha
Sola reinou...
¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

II

O simiterio d'Adina
N'hay duda qu'é encantador,
C'os seus olivos escuros
De vella recordaçón;
Co seu chan d'herbas e frores
Lindas cal n'outras dou Dios;
C'os seus canónegos vellos
Que n'el se sentan ó sol;
C'os meniños qu'alí xogan
Contentos e rebuldós;
C'as lousas brancas qu'o cruben,
E c'os húmedos montons
De terra, ond'algun-ha probe
O amañecer s'enterrou.
Moito te quixen un tempo,
Simiterio encantador,

C'os teus olivos escuros,
Máis vellos qu'os meus abós;
C'os teus cregos venerables,
Que s'iban sentar ó sol,
Mentras cantaban os páxaros
As matutinas canciós,
E c'o teu osario homilde
Que tanto respeto impón
Cando d'a luz que n'el arde
Vé un de noite ó resprandor.
Moito te quixen e quérote,
Eso ben o sabe Dios;
Mais hoxe, ô pensar en ti
Núbraseme'ò corazón,
Qu'a terra está removida,
Negra e sin frols...
¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa Maria... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

III

Fun un día en busca d'eles,
Palpitante ò corazón,
Funos chamando un á un
E ningún me contestou.
Petey n'un-ha y-outra porta,
Non sentín fala nin voz,
Cal n'un-ha tomba valdeira
O meu petar resonou.
Mirey pol-a pechadura,
¡Qué silensio! .. ¡Qué pavor!
Vin non máis sombras errantes

Qu'iban e viñan sin son,
Cal voan os lixos leves
N'un rayo d'o craro sol.
Erguéronsem'os cabelos
D'extrañeza e de delor.
¡Nin un soyo!... ¡Nin un soyo!...
¿Ond'están? ¿Qué d'eles foi?
O triste son d'a campana,
Vagoroso á min chegou...
¡Tocaba á morto por eles!...
¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

Al hablar de la titulada *La Catedral,* escribe Castelar: «Conozco pocas emociones más magistralmente dichas que la despertada en su corazón por el interior de la catedral de Santiago. Se oye rezar a los viejos y a las viejas los padrenuestros; se ven los rayos últimos del sol, en su ocaso, penetrando por las vidrieras de colores y descomponiéndose en las brillantes sartas de las arañas; se siente el terror que la sobrecoge cuando al plañido de los campanarios ve las almas en pena pintadas por los altares, y las cabezas de los santos moviéndose como para contarse algún misterio unas a otras...» Véase la exactitud de la descripción:

«Com'algún día pol-os corrunchos
D'o vasto tempro
Vellos e vellas mentras monean
Silban as salves y os padrenuestros.
Y os arcebispos n'os seus sepulcros
Reises e reinas con gran sosego
N'a paz d'os mármores tranquilos dormen
Dentras n'ò coao cantan os cregos.
O órgano lanza tristes cramores
Os d'as campanas responden lexos,
Y a santa imaxen d'o Redentore
Parés que suda sangre n'ò huerto.
¡Señor Santísimo, a ôs teus pes cánto
Tamén d'angustia sudado teño!
Mais s'o pecado castigas sempre,
O qu'afrixido vay a pedircho
Daslle remedio.
O sol poniente, pol-as vidreiras
D' Soledade, lanza serenos
Rayos, que firen descoloridos
D'a Groria os ánxeles y-o Padre Eterno.
Santos e apóstoles, ¡védeos!, parecen
Qu'os labios moven. que falan quedo
Os uns c'os outros, e aló n'altura
D'o ceu a música vai dar começo,
Pois os groriosos concertadores
Tempran risoños os instrumentos.
¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra?
Aqués sembrantes tan verdadeiros,
Aquelas túnicas maravillosas,
Aqueles ollos de vida cheos?
Vos qu'os fixeches de Dios c'axuda
D'inmortal nome, Mestre Mateo,

Xa qu'ahí quedaches homildemente
Arrodillado, falaime d'eso;
Mais c'o eses vosos cabelos rizos
Santo d'os croques, calás... y eu rezo.
  Aquí está á Groria, mais n'aquel lado,
N'aquela arcada, negrexa o inferno
C'as almas tristes d'os condanados,
Ond'as devoran todo-los demos.
D'ali non podo quitá-los ollos,
Mitá asombrada, mitá con medo,
Qu'aqueles todos se me figuran,
Os d'un delirio, mortaes espeutros.
  ¡Cómo me miran eses calabres
      Y aqueles deños!
¡Cómo me miran facendo moecas
Dend'as colunas ond'os puxeron!
¡Será mentira, será verdade!
      ¡Santos d'o ceo,
Saberán eles que son a mesma
      D'aqueles tempos!...
Pero xa orfa, pero enloitada,
Pero insensibre cal eles mesmos...
¡Cómo me fieren!... Voume, si, voume,
      ¡Que teño medo!
  Mais xa n'os vidros d'a grand'araña
      Cai ò postreiro
Rayo tranquilo qu'ò sol d'a tarde
      Pousa sereno;
E en cada prancha d'a araña hermosa
      Vivos refrexos,
Cintileando com'as estrelas,
Pintan mil cores no chan caendo,
E fan qu'a tola d'a fantesía,

Soñe milagres, finxa portentos.
Mais de repente veñen as sombras,
Tod'é negrura, tod'é misterio,
Adios alxofres, e maravillas...
Tras d'o Pedroso púxose Febo.
Coma pantasmas cruzan as naves
Silvando Salves e padrenuestros;
Vellos e vellas qu'a Dios lle piden,
El tan só cabe cáles remedios;
Que cand'ò mundo nos deixa, é soyo
Cando buscamos con ansia ò ceo.
Os pes d'a Virxe d'a Soledade
¡De moitos anos nos conocemos!...
A oración dixen qu'antes dicía,
Fixen mamoria d'os meus sacretos,
Para mi madre deixei cariños,
Par'os meus fillos miles de beixos,
Pol-os verdugos d'o meu esprito
Recey... e funme, pois tiña medo.

No debemos omitir la mención del libro primero, titulado *Vagueaás*, y de entre ellas las que empiezan «Un-ha vez tiven un cravo»; «La negra sombra», que fué puesta en música por el compositor gallego Montes, «Mais vé qu'o meu corazón», «¡A pobriña, qu'está xorda!...» Y como ejemplo de soltura y donaire, la titulada *N'e de morte,* que a continuación insertamos:

—¿Xa estás de volta, Rosa d'Anido?
¡Eu pon coidara verte tan cedo!

Y as meigas todas contigo, Rosa,
Aló n'a vila seica andiveron,
Que de difunto tês a colore
Y a vista brava, y ó falar seco.
—E que de pena, d'a terre lonxe
Pouquiño a pouco m'iba morrendo,
Mais. . colorosa me verás logo,
Que agora vivo porque te vexo.
—¡Tola de Rosa, c'o qu'ela saye!...
¿Inda t'acordas d'aqueles tempos?
—¡S'inda m'acordo!... ¿Cóm'olvidalos
Cando tan soyo sei pensar n'eso?
Bebemos xuntos n'aquela fonte,
Xuntos pousamos n'áquel portelo,
Herba collemos xuntos n'ó prado,

E íbamos xuntos tomal-o fresco
N'o mes d'agostos dendes que a lua
Branca saía tras d'os outeiros.
Estas lembranzas, ¡ay!, consumíanme,
De ti apartada, d'a terra,lexos...
Pero e ti, dime, ¿non t'acordaches
E non t'acordas de todo aquelo?
—¿Ti qué me pides, rapaza, cando
Desmemoriado son coma un deño?
E ademáis, Rosa, direicho todo,
Pra que non volvas a pensar n'esto:
Bebín con outras n'aquela fonte,
Pousei con outras n'aquel portelo,
¡Ay, e con tantas a luz d'a lua
N'o mes d'agosto tomei o fresco!...
Dime neniña, s'un home pode
Cargar con tantos recordos d'estos,
E si non debe votalos fora
Por que no estorben n'ò pensamento.
Quíxente un día, quíxente, Rosa,
Mais di un-ha copra que ò amor y ò vento
Des que fixeron ò seu façido
Vanse, rapaza, como viñeron.
¡E qué lle vamos a facer, Rosa,
S'aquestas cousas no tén remedio!
¡Adiós!, pr'Habana domingo embarco,
Y aunqu'hora chores, non teñas medo,
Que mal d'amores n'é mal de morte,
Y ô fin y ô cabo pasa c'ò tempo.

En general, *Follas Novas* es superior a *Cantares gallegos*. Tienen éstos la lozanía de una juventud triste, pero ingenua, y el

sabor idílico de la tierra; y aunque parezca extraño, son los *Cantares* las *Follas Novas* de una primavera, y las *Follas Novas* las mustias y doradas de un apacible otoño. En *Cantares gallegos* resplandece la sencillez de un espíritu que, presintiendo las amarguras de la vida, pero sin medir su alcance, se siente fuerte para afrontarlas, y, a ratos, las olvida o se burla de ellas y salta juguetón de la pena a la alegría y de la risa al llanto, con esa simpática audacia de la juventud que adivina más que sabe cómo el dolor la resiste huraño; al paso que en *Follas Novas* se advierte la mayor complejidad de un alma formada en el sufrimiento y desengañada de la vida, que necesitando para exteriorizar sus quejas contra la opresión y la injusticia, de más robustos acentos, rompe con toda suerte de convencionalismos, y son sus cantos, a un tiempo, caricia para el humilde y látigo para el soberbio, tiernas y dulces quejas o vibrantes amenazas.

Tuvo este libro una gran resonancia e inspiró su autora curiosidad primero y admiración después; flagelároнla sin piedad

los apegados a la tradición por sus atrevimientos, y la saludaron como *precursora* los poetas que la entendieron; que para apreciar bien las exquisiteces de un sentimiento susceptible de expresarse con arte y originalidad a la vez, no basta ser erudito, ni literato, ni gran poeta: es necesario tener aquel grado de espiritualismo capaz de fundirse en el pensamiento y el sentimiento de quien sabe alcanzar la suprema belleza, precisamente en la rebeldía a todas las trabas y reglas de la métrica preestablecida.

Y se operó una vez más singular y extraordinaria reacción en las gentes. La triste y olvidada cantora del Sar, fué requerida por periódicos y revistas que a porfía se disputaban su retrato, artículos y poesías. No conmovieron tales apremios la rigidez de su convicción, y a un literato gallego y condiscípulo mío, Valcarce Ocampo, que insistía en la demanda, contéstale con estas memorables palabras: «...Además de no considerarme con los méritos suficientes para tal honor, comprendo que las mujeres que, como yo, no han recibido de la naturaleza espléndidas dotes de hermosura física, están

relegadas de poner su fisonomía a la pública observación de los lectores de un periódico»; y como insistiera nuevamente, replícale con este sustancioso párrafo, que con elocuencia más grande que todos los estudios de sus obras, revela la psicología de su alma: «No me fuercen a parar el pensamiento en fruslerías literarias, ni en cosas que con ellas se relacionen. Llevo en el alma muchas penas y tristezas a las que me es preciso conceder toda, absolutamente toda mi atención.» ¿Cabe, después de lo que transcrito queda, poner en duda cómo aquella inspirada y desventurada mujer no vertió su pensamiento por afanes de notoriedad, y sí por necesidades de su espíritu afligido, buscando en la manifestación de sus amarguras y de las ajenas, consuelo para unas y otras?

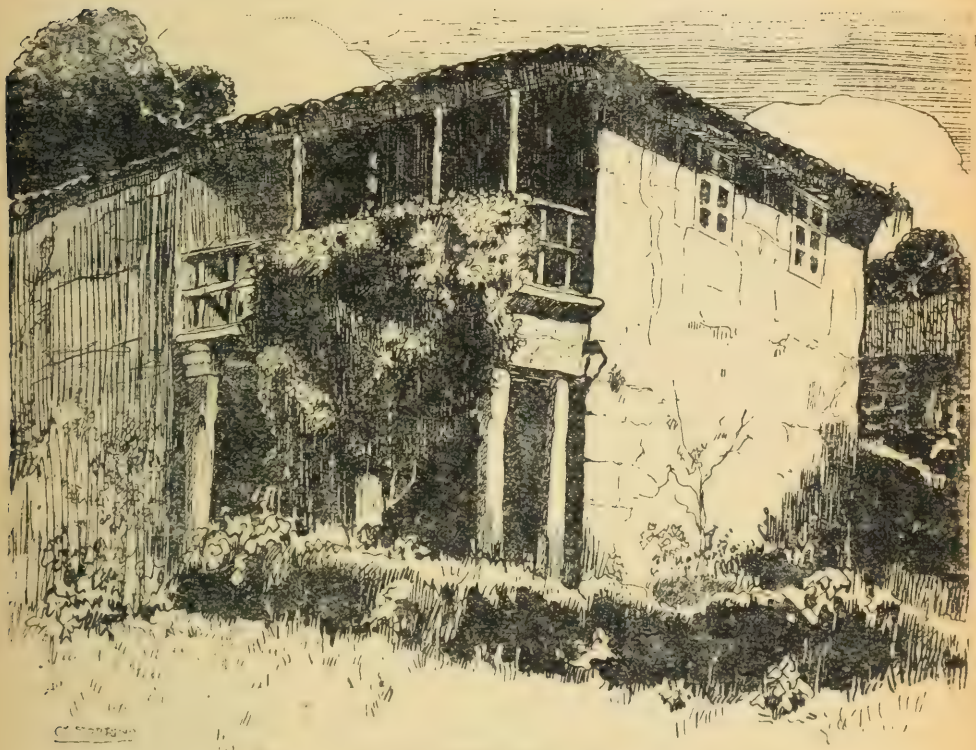
Sospechando que su esposo, en los frecuentes viajes que hacía a Galicia, intentara recoger alguno de sus retratos para publicarlo en *La Ilustración Española y Americana* que dirigía, procura destruirlos todos; pero no logró, sin duda, su propósito, toda vez que en la edición de sus obras comple-

tas se reproduce uno de 1883 (dos años antes de su muerte, muchos después del comienzo de su cruel dolencia). ¡Lamentable error que lega a la posteridad, con quebranto de su deseo e indudable injusticia para su memoria, la imagen de un espectro!

En 1881 se publicó en Lugo *El primer loco,* cuento extraño, descripción de un estado de alma y estudio de una pasión. No entra en nuestro propósito hacer el análisis de este libro que, como *El caballero de las botas azules, Flavio* y *La hija del mar,* revelan las extraordinarias facultades de una mujer que, a un tiempo mismo, poseyó el hondo pensar de un filósofo y el intenso sentir de un gran poeta.

En 1884, la Casa editorial de Fé adquirió la edición del libro *En las orillas del Sar*, colección de versos inéditos los unos, ya publicados los otros en periódicos y revistas, escritos todos en lengua castellana, que Rosalía reunió a toda prisa para procurarse con su impresión medios de atender a sus hijos. En aquellos días forzábale la necesidad, dominando los crueles sufrimientos del cáncer que la corroía, a cultivar material-

mente el huerto de su casa de Padrón y a dirigir ella sola la educación e instrucción de sus hijos.



CASA DONDE MURIÓ ROSALÍA

Encabeza el libro *En las orillas del Sar*, diciendo que sus canciones

«Son fáciles y sencillas»

y que su ilusión al componerlas no se cifraba en mundanas glorias, sino en el deseo de

que alguien conservara algunas de ellas en la memoria. No pide admiración, sino cariño. ¡Siempre mujer!

Decíamos que *Cantares gallegos* revelaban la primavera de una vida triste, pero ingenua, y un apacible otoño, *Follas Novas*. Quien leyere atentamente *En las orillas del Sar*, sentirá en muchos de sus versos el hálito de la tumba, el silencioso e implacable helar del invierno de la vida. Su constante invocación a la muerte, a la soledad, al silencio y al invierno, que llama «mi sombrío y adusto compañero», es el firme y convencido caminar de un alma hacia otra vida, llevando el peso abrumador del sentimiento y ansiando la suprema hora de su bien ganada liberación.

Ni un solo instante flaquea su entereza. Su dolor se traduce en ocasiones en impulsos de rebeldía, de duda y aun de escepticismo más aparente que real, para resolverse en acentos de conformidad y resignación; y en el arte como en la vida, cuando empieza y cuando acaba, jamás hace traición a la delicadeza y a la dulzura de su sexo.

De los desengaños por ella sufridos, ofrecen elocuente muestra aquellos inimitables versos:

«Son los corazones de algunas criaturas
Como los caminos muy transitados,
Donde las pisadas de los que ahora llegan
Borran las pisadas de los que pasaron:
No será posible que dejéis en ellos,
De vuestro cariño, recuerdo, ni rastro.»

No menos hermosa es la titulada *Los tristes*, que termina con las siguientes estrofas:

«Así como el lobo desciende a poblado,
Si acaso en la sierra se ve perseguido,
Huyendo del hombre que acosa a los tristes,
Buscó entre las fieras el triste un asilo.
El sol calentaba su lóbrega cueva,
Piadosa velaba su sueño la luna,
El árbol salvaje le daba sus frutos,
La fuente sus aguas de grata frescura.
Bien pronto los rayos del sol se ñublaron,
La luna entre brumas veló su semblante;
Secóse la fuente y el árbol nególe,
Al par que su sombra, sus frutos salvajes.
Dejando la sierra buscó en la llanura
De otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;
Y a un río profundo de nombre ignorado,
Pidióle aguas puras su labio sediento.
¡Ya en vano!, sin tregua siguióle la noche,
La sed que atormenta y el hambre que mata,

¡Ya en vano!, que ni árbol, ni cielo, ni río,
le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.
Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
Agrandan las sombras que en torno le cercan,
Allá en lontananza la luz de la vida,
Hiriendo sus ojos feliz centellea.
Dichosos mortales a quien la fortuna
Fué siempre propicia... ¡Silencio!, ¡silencio!
Si véis tantos seres que corren buscando
Las negras corrientes del hondo Leteo.»

Y merecen, finalmente, consignarse los siguientes versos en que pone digno remate a una bellísima composición sobre las glorias mundanas:

«¡Oh gloria!, deidad vana cual todas las dei-
[dades,
Que en el orgullo humano tienen altar y asiento,
Jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva
Se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.
En el dintel oscuro de mi pobre morada,
No espero que detengas el breve alado pie,
Porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,
Ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.
¡Cuántos te han alcanzado que no te merecían!
Y ¡cuántos cuyo nombre debiste hacer eterno,
En brazos del olvido más triste y más profundo
Perdidos para siempre duermen el postrer
[sueño!»

No obstante la excelencia y originalidad de este libro, no obtuvo el éxito merecido

hasta su reimpresión, que hubo de producir extrañeza y entusiasmo en los literatos de la generación actual, singularmente en tres de sus representantes, que la estimaron como una precursora de la revolución poética acometida por los poetas nuevos. Lo que éstos realizaron de una manera consciente, deliberada y reflexiva, lo había consumado mucho antes, por intuición genial, la dulce y melancólica Rosalía. Unamuno la considera como el más grande poeta español de su tiempo; Azorín afirma no haberse publicado en lengua castellana, durante el siglo XIX, un volumen de más espirituales, delicados, ensoñadores versos, que *En las orillas del Sar*, y Díez Canedo sostiene que «hay que reconocer que nadie como ella fundó su espíritu en el crisol de la estrofa, y que de la abundancia de su inspiración nacieron sus extraordinarias adivinaciones métricas».

Es verdaderamente lamentable que en las modernas antologías, algunas formadas por literatos insignes, no figuren las poesías de Rosalía. Pero la reparación ha venido, como frecuentemente acontece, de tierra extraña.

La eminente escritora alemana Carolina Michaelis, la más alta autoridad en materia de erudición hispano-portuguesa, según noble declaración del autor de *Las ideas estéticas,* la califica (41) de «grande poetista», considerándola como «la creadora de la moderna poesía gallega, como si se tratase de simbolizar el carácter femenino de esa lírica, todo vaguedad nostálgica, languidez triste y mimosa, mas no por eso privada de notas alegres, picarescas y epigramáticas», y, en los mismos días de su muerte llegó a rendir homenaje a sus despojos la interesante revista italiana *La Rasegna Nacionale,* que después de un caluroso elogio de *En las orillas del Sar,* termina con las siguientes frases: «Desearíamos que alguna gentil dama italiana nos hiciera el magno obsequio de una traducción, pues sólo a un corazón femenino le es dado sentir e interpretar tan pura y delicada poesía.»

Acechábala la muerte con implacable crueldad, torturábala el dolor, entristecíala la penuria de su hogar, y en ese ambiente de amargura presintió el tránsito de su vida. Entonces se dispuso a morir como cristiana

y recibió con fervor los Santos Sacramentos (42), recitando en voz baja sus predilectas oraciones. Encargó a sus hijas quemasen los trabajos literarios que, reunidos y ordenados por ella misma, dejaba sin publicar (43), dispuso se la enterrara en el cementerio de Adina, y pidiendo un ramo de pensamientos, la flor de su predilección, no bien se lo acercó a los labios sufrió un ahogo que fué el comienzo de su agonía. Delirante, y nublada la vista, dijo a su hija Alejandra: «Abre esa ventana, que quiero ver el mar» (44), y cerrando sus ojos para siempre, expiró a las doce de la mañana del 15 de Julio de 1885 (45).

Desde las ventanas de su cuarto veía Rosalía las tapias y los árboles que sombreaban el cementerio, aquel cementerio de Adina en donde descansaba su madre y en donde la enterraron (46), que ella había cantado en sentidísimos versos:

«Moito te quisen un tempo,
Simiterio encantador,
. . . . . .
. . . . . .
Moito te quixen e quérote,
Eso ben o sabe Dios.»

CEMENTERIO DE ADINA

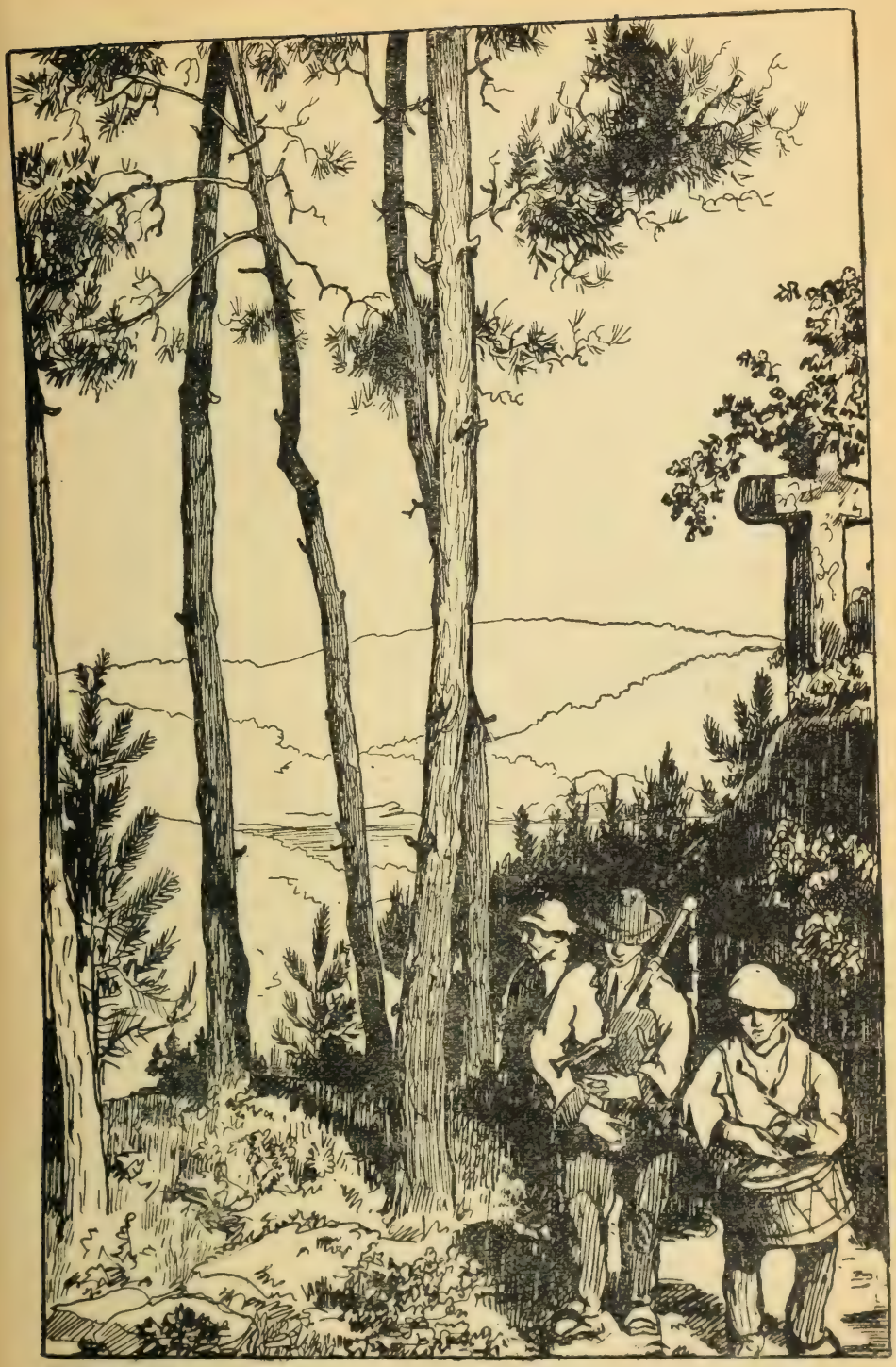
A su muerte, Galicia entera vistió luto. Fallara por una vez la historia de los gran-

des e inmerecidos infortunios, si la humanidad no se apresurase a compensar, en ocasiones con exceso, al que muere, del lamentable olvido en que le tiene mientras vive. Hay en este tardío remordimiento más vanidad que amor, y fuera de ver si se operase el milagro de la resurrección, cuantas manos de las que aplauden su recuerdo, se alargaban piadosas a endulzar su existencia. Ello es que la Sociedad Recreativa de La Coruña fué la primera que honró su memoria en solemne velada presidida por Castelar y Emilia Pardo Bazán (47). Secundaron esta iniciativa algunos Centros gallegos de la República Argentina; y la colonia gallega de Buenos Aires y el pueblo catalán le dedicaron artísticas coronas, que fueron colocadas en su sepultura. Muchas ciudades de Galicia dieron su nombre a edificios, calles y plazas, lo tomaron también algunas sociedades artísticas y benéficas, se colocó una lápida conmemorativa en su casa de Padrón, y esta Real Academia, atenta siempre a honrar el mérito, publicó «cinco poesías» tomadas de su libro *En las orillas del Sar* (48).

De aquel refugio bien amado, testigo de

sus penas, morada eterna de sus grandes amores, hubo de arrancarla la admiración de un pueblo, más tardía que oportuna, ¡cual si la gloria de aquella mujer, cortesana de la naturaleza e inseparable compañera del campesino, no tuviera más adecuado lugar en la santa tierra que piadosa la cubría, que las flores esmaltaban, que calentaba el sol todos los días y adonde llegaba calladamente todas las noches la brisa del mar para pagarle amorosa con sus besos la gran devoción que hasta la muerte le guardara! Rosalía, en el templo de Dios es un despojo pagano, y en el cementerio de su aldea, custodiada por los humildes, sería santa reliquia bastante para inmortalizarle, y donde acudirían en peregrinación los que sueñan, los que aman, los que lloran, los que saben y pueden rendir culto al ideal.

Acordada la traslación de sus restos a la Iglesia conventual de Santo Domingo, de la Ciudad de Santiago, llevóse a cabo el 25 de Mayo de 1891, y no obstante los seis años transcurridos, encontróse su cuerpo incorrupto, perfectamente conservados sus vestidos y, lo que es más extraño, casi fresco,


C. SOBRINO

sobre el pecho el ramo de pensamientos que la piadosa mano de su hija había depositado como última ofrenda a su buena madre.

Pronunció notabilísimo discurso en aquel acto el elocuente orador gallego Alfredo Villas, enviaron cartas adhiriéndose, entre otros muchos, Mosén Jacinto Verdaguer, Narciso Oller y Oliveira Martins, y tomó parte en este postrer tributo, con el elemento oficial, toda la intelectualidad gallega que la admiraba y los pueblos de Padrón y Santiago, que conservan su memoria con gran veneración.

A partir de entonces, agítase la idea de erigirle una estatua. Por ella abogaron, entre otros, el Círculo de Artesanos de La Coruña, los ilustres gallegos Alfredo Vicenti y Pedro Seoane (49) y casi todos los periódicos y revistas de la región. La estatua de Rosalía no puede ser un monumento más, ornato de una plaza o de un jardín: debe ser reproducción simbólica del alma regional erigida en el silencio, en la soledad, en la tristeza del bosque, adonde vayan en santa romería los por ella bien amados, para renovar a diario con sus votos las flores que tanto

amó. Sólo así rendirá Galicia el homenaje debido a su memoria.

No cabe en el estrecho molde de unos apuntes biográficos y de una rápida enumeración de sus trabajos literarios el estudio detenido de la obra de Rosalía Castro, y fuera, por otra parte, temerario en mí el propósito de realizarlo. Animábame el deseo de evidenciar cómo esta cantora regional acertó a conseguir que vibrasen en sus trovas todas las fibras del alma gallega, cómo supo hacerse eco de las alegrías y de las tribulaciones de la humilde gente campesina, entre la que vivió compartiendo sus cuitas y sus dolores, y cómo, finalmente, pudo lograr con sus versos, mejor que otros con estudios y discursos, que fuera conocido el espíritu de una raza y los hondos problemas que la afectan.

Es digno de notarse, y esto bastará para perpetuar su memoria, que en un país fecundo en hombres de ciencia y de saber y para su fortuna, rico en hijos amantes de su tierra y de sus glorias, ha sido una mujer el verdadero y genuino intérprete de sus ansias. Sin duda que esta aparente singulari-

dad no puede sorprender a cuantos, impuestos en la historia de la poesía popular gallega, recuerden las afirmaciones del P. Sarmiento y del marqués de Montebello, recogidas por Henri Lang, Carolina Michaelis y Menéndez Pelayo, sobre la especialísima aptitud de la mujer gallega para la música y para la poesía (50).

Obsérvese el carácter femenino de las trovas contenidas en los cancioneros de la Vaticana y de Colocci-Branc cuti (siglo XIII), las *cántigas de amigo, de romería, de baile, y la barcarola,* que parecen siempre puestas en labios de doncellas, y las coplas del Cancionero popular moderno, en las que casi siempre son ellas las que hablan, señal indudable de su condición de compositoras. Sirva de ejemplo la que empieza:

«Anque che son de montaña,
Anque che son montañesa,
Anque che son, non me pesa», etc.,

y es curioso y digno de consignarse, que, en opinión de ilustres críticos (51), lo más hermoso de los cancioneros arcaicos (Cancionero de la Vaticana y de Colocci-Brancuti) son los *cantares de amigo*, precisamen-

te los cantos populares, obra de mujer.

Así se explica cómo Rosalía Castro, empapada en el alma de la tierra, fundida con los hábitos, costumbres y tradiciones campesinas, tan conocedora del cancionero popular, recoge los ecos del concierto gallego y exhala los de su propio corazón. No hay amargura ajena que no encuentre correspondencia en su espíritu, y al hacerlo, es de admirar el desembarazo magistral con que maneja toda clase de metros conocidos o inventa los adecuados (52) para expresar sus pensamientos y la facilidad con que lo hace, destacándose fragante y renovada, maravillosa de agilidad y alcanzando las más altas cumbres de la armonía. Ella pinta todos los rasgos característicos de la raza, los gustos, melancolías, anhelos, vejaciones y nostalgias, describe la belleza del suelo y la virtud de sus moradores, vindícalos de la injusticia, duélese del abandono, admírase del valor, y con asombrosa soltura maneja la melodía y la cadencia de un idioma capacitado cual ningún otro para la emisión de los conceptos más dulces y de las expresiones más tiernas.

Dijérase al leerla y descubrir en sus versos tantas virtudes ocultas y tantas bellezas ignoradas, que Galicia vivió siglos en el olvido de los unos y en el desdén de los otros, porque esperaba el conjuro mágico de la voz de esa mujer que, ella rasgando las nieblas que la ocultan y conociendo mejor que nadie el corazón y la inteligencia de sus hijos al través de la tosca corteza que disfraza su valer, hubo de iniciar el período de su reivindicación y el reinado de la justicia. Rosalía Castro fué el gran revelador del alma de su pueblo, y su nombre, en opinión del ilustre crítico Said Armesto (53), debe figurar en la historia de la literatura como uno de los más eminentes poetas regionales de Europa, al lado de Bruseux, el bretón, y de Roberto Burus, el escocés.

Y aquí pongo fin a mi labor. Pasan muchos y muy grandes poetas por la vida, dejando una huella luminosa de su tiempo que oscurece la capa del olvido y borraría la ingratitud de las gentes, si la diligencia de los espíritus cultos no cuidara de avivarla; pero cuando el cantor encarna en el alma popular, en la entraña regional, y sintiendo

con ella, acierta a decir lo que la torpeza del vulgo no atina a expresar; entonces, como la llanta en blando surco, va ahondando en el camino de los siglos y transmiten sus versos los padres a los hijos y los repiten amorosas las generaciones, viviendo eternamente la obra y el autor en el corazón de las muchedumbres. No juzguéis temeridad si os digo que mientras el mundo sea mundo, no habrá un gallego ausente de su tierra que, evocando a la tierna y dulce Rosalía, no exclame con el alma y con los labios:

«*Airiños, airiños aires,*
Airiños d a miña terra...»

NOTAS

(1) Tirso de Molina conocía a Galicia y dominaba el idioma de aquel país.

(2) Santa Marina. — Muñoz de la Cueva. *Noticias Históricas de la S. I. C. de Orense.* — Edición de Madrid, 1726.

«Nació Marina en la villa de Ginzo, en el año IV del imperio de Adriano, que corresponde al 123 de N. S. J., siendo sumo pontífice y cabeza de la Iglesia San Alejandro. El padre de Marina se llamó Theudio, de esclarecida sangre, sacerdote de los gentiles y gobernador de Ginzo y pueblos del territorio; el nombre de la madre todos los autores lo callan, sin duda porque debió de morir muy a raíz del nacimiento de Marina. Dióla Theudio a criar y educar a una labradora cristiana de Piñeiro de Arcos, para librarla de los errores y corrupción de los gentiles, escogiéndola de antemano para esposa del cordero e imitadora de sus pasos y triunfos», pág. 32.

La tradición presenta a Olibrio, presidente mandado a Galicia por Adriano, encontrando de camino para Ginzo a Marina, apacentando

sus ovejas, «y poniendo en ella sus ojos, lo que en el principio fué acaso ligereza, pasó a cuidado y admiración de la vista». Era la joven tan naturalmente hermosa, «que las injurias del tiempo no pudieron ajar la belleza de su rostro, sin galas, sin afeites y sin otro aliño que el desaliño de su traje». Requiérela Olibrio de amores, y Marina se resiste; ciego él de furor, hácela sufrir toda clase de tormentos, de los que sale la santa incólume; manda que la encierren en un horno, y respétanla las llamas, como a los tres mancebos de Babilonia; al verla salir viva, ordena que la corten la cabeza, y al tocar tres veces en tierra, brotan tres raudales de agua, como en el martirio de San Pablo, que son para la piedad de los devotos las tres fuentes que manan al Oriente del templo en que se conserva la sepultura de la santa.

(3) Nació Eufemia el año 117 de la Era cristiana. Fueron sus padres Lucio Castilio Severo, gallego nobílisimo, señor de grandes estados, así en la provincia de Orense como en las de Túy y Braga, de tan lucidas prendas, que, con aplauso del emperador, del Senado y del pueblo romano, fué electo cónsul con Aurelio Antonino; y Calsía, tan ilustre y tan rica, que los monumentos y escritos le dan el título de reina, o por la condición de su propio estado y progenie, o por la de su marido. Ambos eran naturales de Orense, o Amphiloquía, según la autoridad del obispo D. Servando y del Sr. Seguín.

Atribuye la tradición a Calsía que, estando su marido en Roma, dió a luz en Bayona de

Túy nueve hijas, que entregó a su doncella Sila para que las ahogara; mas compadecida la sierva, las entregó a mujeres cristianas, que las criaron y aleccionaron en su doctrina, sufriendo todas ellas el martirio. En Bayona de Galicia álzase un Santuario de gran veneración a la memoria de las nueve hermanas mártires.

(4) Una gran escritora inglesa, Miss Annete M. B. Meakin, publicó en 1908 una obra editada con gran lujo en la casa Methuen, de Londres, con el título *Galicia. La Suiza española.* Lleva una expresiva dedicatoria:

A S. M. Victoria Eugenia, Reina de Galicia.

En la portada muestra como epígrafe y resumen los versos de Rosalía de Castro:

«Lugar mais hermoso
no mundo si hachare
qu'aquel de Galicia,
Galicia encantade.»

Habla con veneración y asombro de aquella valerosa y santa mujer, Etheria, que a fines del siglo IV visitó la Palestina y refirió las incidencias de su penosa expedición en el manuscrito *Silvæ Peregrinatio.*

Ignórase en qué parte de Galicia nació Etheria. El texto de San Valerio (en su epístola *De vitæ et laudibus beatissimæ Etherlæ,* en la que dice «ser más valiente que todos los hombres de su siglo», afirma solamente que «nació en aquella región del Noroeste que limita con el mar». (Códice II, 9 de la Biblioteca del Escorial).

Sanctæ Silviæ Aquitaniæ peregrinatio ad loca

Sanctæ es el título dado por Ganmurini al Códice descubierto en Arezzo en 1884. Es libro escrito en la segunda mitad del siglo IV, y fué publicado por Ganmurini en 1889.

El hallazgo de este Códice produjo un gran revuelo, y la *Peregrinatio* fué traducida, casi en seguida de ser descubierta, al ruso, y en 1891 se publicó la traducción inglesa acompañada del texto latino.

En 1888, Ganmurini, descontento de su primera edición, harto imperfecta, publica una nueva en los *Studii e documenti di Storie e Diritto,* que tampoco satisface.

El Códice está incompleto, pues fáltanle el principio y el fin. De él se deduce que es obra de una mujer, y de una mujer nacida en la parte occidental del imperio romano.

No debió de ser de humilde cuna, a juzgar por todas las atenciones con que la reciben en Oriente monjes, clérigos, obispos y, singularmente, los comandantes de las fortalezas romanas, que ponían a su disposición *grandes escoltas para recorrer los lugares peligrosos.*

Ganmurini la identifica con Santa Silvia de Aquitania, hermana del escritor Rufino, que por aquel tiempo gozaba en Constantinopla de gran influencia.

Köhler tradujo al ruso la *Peregrinatio* (*Vid. Rom.* 1888 y *Rev. Crit. d'hist. e lit.*). Opina que la autora es Gala Placidia, hermana de Ataulfo; pero fijada la época del viaje, se ve de una manera patente el error, porque Gala Placidia nació mucho después.

La edición definitiva de la *Peregrinatio* se publicó en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, de la Academia imperial de Viena (tomo XVIII), el mismo año en que el doctor Scheps publicaba en ese mismo tomo los once opúsculos del gallego Prisciliano, descubiertos en Wurzborg, y el texto de la Academia de Viena ha enterrado para siempre los de Ganmurini.

En la *Revue des questions historiques* (Octubre 1903) se publicó un artículo del padre Ferolin, *Le véritable auteur de la Peregrinatio Silviæ: la vierge espagnole Etheria*. En él recoge la opinión de Delisle. (*Le cabinet des manuscrits de la Bibl. Nat., tome II*, págs. 494 y 500), y lo confirma con lo publicado por el padre Flórez (tomo XVI).

Etheria, a quien en otros Códices se denomina *Egeriæ, Eiheria, Echeria* y *Aeicheria*, hizo su peregrinación en los años de 380 a 88, retirándose después a Constantinopla para redactar sus memorias, que remitió a sus monjas, siendo favorecida, según narran, por Teodosio el Grande, pariente suyo, y por sus dos compatriotas de la corte de Bizancio, Elpidio y Cinegio.

La obra de Etheria, como queda dicho, está incompleta. La primera parte que se conserva nos la muestra ya en la península Arábiga, al pie del monte Sinaí. Nos dice que estuvo en el monte Nebo; que en Edeso vió las tumbas del apóstol Tomás y del rey Abgar; en Carres fué a venerar la memoria del patriarca Abraham; llegó hasta los límites del imperio donde, según

ella dice, «*modo ibi accesus romanorum non est totum enime pessæ tenent*».

También visitó Egipto, Mesopotania, Idumea, y después de cuatro años emprendió la vuelta por Constantinopla.

(5) Agape fué una mujer noble, de atractiva figura y poderosa elocuencia, que, seducida por las doctrinas gnósticas de Marco, se dió a predicar públicamente, fundando la secta de los agapetas, que duró hasta el siglo XII, siendo abolida por el concilio de Letrán en tiempo de Inocencio II. Educó y convirtió al famoso heresiarca Prisciliano, de quien después de ser maestra pasó a ser compañera, predicando públicamente con él y rodeándose de un nutrido apostolado de mujeres gallegas, que, fanatizadas por la nueva doctrina, la extendieron hasta las Galias. Era cultísima, inquieta y extraordinariamente persuasiva.

Agape.—Eucrocia B. F. ALONSO. *Pontificado gallego,* pág. 72 y siguientes. «Llegó a tanto la ceguedad de Prisciliano, que recibió por muestra a una mujer llamada Agape, a la cual oía, permitiendo predicara y explicara en público sus errores. Con la nobleza del linaje se dejaron engañar algunos nobles y muchos del pueblo, y empezaron a seguirla todos los deseosos de novedades, de débil fe y amigos de agudezas, concurriendo también muchas mujeres, perdidas por los efectos que después veremos. — San Jerónimo. - Isaías. Cap. 44. HUERTA, *Anales de Galicia,* pág. 229. Santiago, 1733.

(6) Santa Ilduara era hija de los condes don

Ero y doña Adosinda y madre de San Rosendo. Con el título de conde de Lugo suscribe su padre el acta de consagración de la santa iglesia de Santiago, inserta en el Cronicón de *Sampiro.*

(7) La reina doña Elvira Núñez fué la primera esposa de don Ordoño II, e hija de una gran señora gallega; fué madre de tres reyes y sobrina de Santa Ilduara, la madre de San Rosendo.

(8) Doña Gotona debió de fallecer en el año de 965.

(9) Doña Inés de Castro era hija de don Pedro Fernández de Castro y de doña Aldonza Gil de Valladares y hermana de don Alvaro, conde del Arroyo, primer condestable lusitano. Su padre, don Pedro, casó en segundas nupcias con doña Isabel Ponce de León De este segundo matrimonio nacieron don Fernando de Castro y doña Juana, que casó con Pedro I de Castilla y está enterrada en la capilla de las reliquias de la catedral de Santiago. La casa de Castro estaba emparentada con la de Valladares (Pontevedra) y la de Lemus (Lugo).

En el romancero de Gabriel Lobo Lasso de la Vega se lee:

«El valeroso don Pedro | gran príncipe lusitano
hijo del rey don Alfonso | sucesor de sus estados
de una doncela *en Galicia* | dicha doña Inés de Castro
y *Valladares* fué preso | de su hermosura forzado.»

Su trágica muerte, eternizada por Camoens, se cantó en Galicia en romances lindísimos que llevan por título *La Caralinda.*

Muerto don Pedro de Castilla, el monarca portugués don Fernando recibió a principios de 1370, en la basílica compostelana, la pleitesía de los gallegos. A la cabeza de éstos figuraba don Fernando de Castro, hermano de las dos mujeres a quienes han hecho famosas su bellesa y su infortunio; de doña Juana, mujer de un día de don Pedro I, y de doña Inés, sacrificada en Coimbra por su suegro, el tenebroso monarca portugués don Alfonso IV. Don Fernando de Castro fué presto batido por las tropas que don Enrique II había mandado a Galicia, y tuvo que refugiarse en Inglaterra. Murió al poco tiempo, y los ingleses pusieron sobre su sepulcro el epitafio de todos conocido:

«*Aquí yace la lealtad de España.*»

(10) Doña María Teresa Caamaño era una hermosísima señora que casó con el irlandés Lacy, coronel de Ultonia.

No dejó otro recuerdo en la memoria de la posteridad que los elogios que le tributaron el Padre Isla y el cura de Fruime.

El P. Isla habla de «los raros talentos» que la adornaban. Dice que era «digna de un monarca por lo que vale y por lo que parece», y que «en todo descubría la grandeza de su alma», y añade: «Es rara muchacha y quizá de su clase no habrá otra que se le parezca.»

El cura de Fruime nos dice que era muy instruída en *Física* y en *Historia*, que era *música* y *notable poetisa* y que hablaba tres idiomas.

(11) María Francisca Isla y Losada fué una

de las mujeres más ilustres que produjo España en el siglo XVIII.

Nació en Santiago el año de 1735, siendo su padrino su hermano el célebre P. Isla. El padre de este docto jesuíta vivía en Compostela, en donde perdió a su esposa y contrajo segundas nupcias con una ilustre dama. De este segundo matrimonio nació doña María Francisca y otros hijos varones, entre ellos uno que más tarde fué fraile del convento de dominicos de Padrón y famoso orador.

María Francisca Isla contrajo matrimonio en 1754 con el señor don Nicolás de Ayala, que murió en 1775, continuando en estado de viuda hasta el de 1808, que le sorprendió la muerte a los setenta y tres años de edad en su casa de la rua Nueva de Compostela.

Esta ilustre mujer fué conocida con los dictados de *Musa compostelana* y *Perla Gallega*, que le dieron los escritores de su tiempo.

Desde muy temprana edad dió muestras de un clarísimo entendimiento, llegando a consultarla su hermano en muchas ocasiones. Sostuvo relaciones de amistad con la monja carmelita de Santiago sor María Tomasa de Jesús, que gozaba fama de excelente poetisa, con la ilustradísima doña María Teresa Caamaño, con el cultísimo cura de Fruime y con el obispo de Guadix y Baza, más tarde arzobispo de Santiago, don Francisco Alejandro Bocanegra, que, según es fama, le consultaba las pastorales y sermones, conformándose con sus censuras.

El académico Monlau, hablando de ella, afirma que tenía singular talento y que debe ocupar una página gloriosa en la historia literaria de su sexo.

Por su fama fué elegida de número de la Academia de Bellas Letras de Oporto.

Las cartas que escribió debieron de ser notables, a juzgar por los elogios que le tributa su hermano, y por las de éste se advierte que atendía con fervor de discípulo todas las indicaciones y correcciones que aquélla le hacía. El mismo juicio resulta de los versos que le dedica el cura de Fruime.

Es lástima que no hayan sido publicadas sus obras como las de su hermano, sobre todo, las que a éste escribió, pues serían de las que honrasen el Epistolario Español, singularmente la que le dirigió con fecha 1.° de Noviembre de 1758, titulada *Carta al autor de una dama, hermana suya.*

Sus obras en prosa, a juzgar por los elogios transcritos, debieron de ser superiores a las pocas que hizo en verso. Su modestia no le permitió publicarlas, y a poco de casarse las condenó todas al fuego.

(12) Vulgarmente se la conoce por «María Pita», y su verdadero nombre fué el de «Mayor Fernández Pita». María era el nombre de una hermana. No fué esta heroína una figura aislada, pues su gloria alcanza a todas las mujeres de La Coruña. (*Las mujeres en el cerco de La Coruña.* — A. MARTÍNEZ SALAZAR. — Biblioteca gallega.—La Coruña.)

(13) Silio Itálico en su *Bello prinico*, hablando de la mujer gallega, dice:

«Cetera femineus peragit labor; addere suclo
Semina, et impresso tellurem vertere aratro
Segne viris: quidquid duro sine Marte gereudum,
Gallaici conjux obit inrequieta mariti.»

Sill. III. 353.

que alguien tradujo:

«Las hembras rollizas campestres tareas
arrostran penosas, la siembra, el arado;
la casada muere sin haberle dado
un día de huelgo las nupciales teas.»

A pesar de lo cual, pudo escribir el simpático y humorista Diego Torres Villarroel:

«Cinco o seis rapaces suelen
echar de una ventregada,
siendo la que pare menos
por estéril repudiada.»

Mayor portento atribuye Ganfrido, monje vilariense, a Margarita, condesa de Holanda, que dice haber tenido de un solo parto en el año de 1276 tantos hijos *cuantos tiene el año días,* que a todos bautizó el obispo Guido, y *todos* con su madre, que murieron seguidamente, fueron enterrados en el monasterio de Lundono, constando el extraordinario fenómeno en la lápida de la sepultura.

También en Chaves (Portugal) atribuyen a María Mantela nueve hijos de un parto, y que todos llegarou al estado sacerdotal.

«Aqui jas Maria Mantela
con seus fillos arrededor dela.»

(14) Refieren el licenciado Geramis, vizcaíno, y Juan de la Puente, castellano, con el *Coronista* Morales, andaluz, que en la guerra que hizo Decio Bruto al reino de Galicia, se hallaron muchas mujeres gallegas que peleaban con el mismo valor que sus maridos. Mandólas Bruto degollar, y no se las oyó palabra ni gemido.

(15) SARALEGUI. *La época céltica*, pág. 187. «Según Amiano Marcelino, la mujer gala aventajaba a su marido en hermosura y, a veces, hasta en fuerza y en violencia. Sus ojos azules, dice, son voluptuosos y salvajes. Cuando se encoleriza, su cuello se hincha, sus dientes rechinan, agita sus brazos musculosos, más blancos que la nieve, y da unos golpes terribles, que parecen producidos por una máquina de guerra. En Galicia las mujeres combatían al lado de sus maridos, compartiendo con ellos los azares de la guerra y aventajándoles muchas veces en valor y heroísmo. Dignas hermanas de las mujeres cimbrias, las matronas galaicas se presentaban armadas contra las legiones de Roma, y peleaban con tal tesón y denuedo, dice Appiano, que antes aceptaban la muerte que volver la espalda al enemigo.

»Tal vez esa fuerza indomable de la mujer gallega en una época en que la fuerza física, muy superior entonces a las dos grandes actividades psíquicas, la inteligencia y el sentimiento, era la base de todas las distincioues sociales, habrá sido el origen de la veneración y el respeto que la profesan nuestros mayores en medio del general desprecio en que tenían a su

sexo los demás pueblos antes del establecimiento del Cristianismo.

»Aun hoy, la mujer gallega comparte con su marido las faenas del campo, prefiriendo las rudas fatigas de la labranza a los cuidados del hogar. Su raza es todavía aquella raza fuerte y varonil que en el campo de batalla mataba a sus hijos y se suicidaba después, prefiriendo la muerte a la esclavitud, *mortenque servitio potiorem sentiebant,* como se expresa Appiano (1), y que con las manos desnudas arrancaban a los legionarios sus cortantes espadas para herir con ellas a hermanos y adversarios, a los primeros por cobardes, y a los segundos por enemigos (2).

»La intrepidez y el arrojo de las mujeres galas frente al enemigo común debía de engrandecerlas y sublimarlas a los ojos de aquel pueblo eminentemente guerrero, que contaba sus luchas por los días de su existencia y que no concebía otra grandeza que el heroísmo salvaje desplegado en los campos de batalla. Generalmente, éste ha sido el origen de las primeras distribuciones entre los hombres, que antes de la virtud y de la ciencia honraron el valor y la fuerza en la persona de los héroes primitivos, elevados después de la muerte a la categoría de los dioses. Por lo mismo, es muy probable que la heroica fiereza de las mujeres galas en el combate haya traído la costumbre de consul-

(1) APPIANO, 72.
(2) Plut in Marii. CHATEAUBRIAND. *Etudes historiques*

tarlas y de someter a su decisión los negocios civiles y políticos, base a su vez de nuevas distinciones que irían aumentando gradualmente la veneración de que eran objeto entre los pueblos célticos.»

(16) En el *Kaiserscronik* (siglo XII), Carlo Magno penetra en Galicia, donde los sarracenos destruyen y exterminan un ejército de cristianos. Carlo Magno, llora; pero, confortado por un ángel, el hijo de Pipino organiza en un valle *un ejército de mujeres,* que siembra el terror entre las huestes sarracenas, que acaban por rendirse. Véase GASTÓN PARÍS. *His. poétique de Charle-Magne,* págs. 271-279.

(17) Véase la nota 14.

(18) Froissar (siglo XIV) habla en su crónica del arrojo de las mujeres gallegas en la heroica defensa del Ferrol contra las tropas del rey de Portugal, y a seguida añade:

«Car sachez que en Galice les femmes y son de grand défense et de grand courage, aussi grand ou en partie comme sont les hommes.» *Croniques,* t. II, lib. III, cap. LXX.

(19) La tradición *popular* gallega atribuye la liberación del falso Tributo de las *cien doncellas a una mujer* (la tradición *erudita* refiere la hazaña a los Figueroas), como se ve en una curiosa cancioncilla que todavía entonan, en dialecto, claro es, las viejas de nuestras aldeas.

Que la tradición antigua atribuyó a *mujeres* la hazaña de la redención lo acreditan los dramas de LOPE *Las famosas asturianas* y *Las doncellas de Simancas,* si bien Lope de Vega

transportó a otros lugares una leyenda que es puramente gallega en su origen.

(20) Registra el hecho GIL GONZÁLEZ DÁVILA en su *Teatro eclesiástico de Santiago,* cap. I.

En 28 de Abril de 1506 desembarcaron en la Coruña, a su regreso de Alemania, los reyes de Castilla doña Juana *la Loca* y don Felipe *el Hermoso.* Hospedáronse en el convento de Santo Domingo. Pasaba doña Juana en sus aposentos semanas enteras, mientras su veleidoso marido salía de caza o corría a presenciar los regocijos públicos. Una mujer del pueblo exclamó, fijando sus inquisitivos ojos en el rey: «Por mi fe, que este rey más tiempo andará por Castilla muerto que vivo». Los regios consortes, después de haber peregrinado por Betanzos, Santiago, Orense y Verín, salieron en Junio del territorio gallego. Tres meses después (25 de Septiembre), el rey falleció en Burgos, y comenzó el lúgubre paseo del cadáver a través de los campos de Castilla, paseo que algunos hacen llegar a *tres años.* Felipe *el Hermoso* vivió en España *cinco meses.* La profetisa celta había presentido el porvenir.

(21) GUILLAUME DURAND, *Rationale Divinorum Offitiorum,* dice: «Petrus vero Compostellanus fecit illam *Salve Regina misericordiæ vita, duleedo.*» (Lib. IV, cap. 22.)

López Ferreiro, canónigo compostelano, prueba de manera fehaciente que el autor de la Salve fué *Pedro Mesonzo,* obispo de Compostela.

(22) Vales Failde, en una notable conferencia pronunciada en Madrid el 12 de Mayo de 1906

en la Asociación de conferencias para señoras, que se editó en el mismo año en la *Revista de Archivos*, señala como fecha de su nacimiento *21 de Febrero* de 1837. Murguia la fija en 21 de Julio; pero parece lo cierto el *veintitrés de Febrero de mil ochocientos treinta y siete.* Sin duda, que el antecedente exacto, dado el lugar de su nacimiento, debe obrar en el archivo parroquial de Santa María la Real, de Sar.

(23) La casa donde nació era de la propiedad de los abuelos del insigne gallego don Antonio Romero Ortiz. Era, en 1910, una vivienda modesta, de humilde aspecto, olvidada y solitaria, con las ventanas podridas, las rejas rotas y uno de sus muros revestido de hiedra.

(24) Doña Teresa Castro era natural de la villa de Padrón, en donde pasó Rosalía sus primeros años. La poesía «Como chove mindiño» está llena de recuerdos personales, cuando alude a la «casa grande» (en la falda del monte Milmande) donde habitaron sus antepasados. Los Castros de Padrón son de ilustre progenie, y entre sus antepasados figuran Fr. Martín Salgado Moscoso y su hermano el mercenario Fray Gabriel, rector de la Universidad de Alcalá. El escritor cisterciense Fr. Miguiel. Don Nicolás de Castro, hermano del abuelo de Rosalía, fué, según Murguía *(Diccionario de Escritores gallegos),* notable por su talento y aventuras.

El abuelo de Rosalía fué coronel de milicias. Hizo la campaña de los Pirineos (1793-99), estuvo prisionero en Francia y era una figura relevante por su talento y virtudes. Rosalía tenía

ultimado, y lo mandó destruir poco antes de su muerte, un libro titulado *Historia de mi abuelo.*

Murguía, en un artículo del periódico de Mondáriz, *La Temporada,* supone que Juan Rodríguez de la Cámara fué antepasado de Rosalía.

(25) A personas de su intimidad he oído referir los crueles padecimientos que la aquejaron desde muy temprana edad, acometida frecuentemente de vómitos de sangre. Así se explica que su aspecto, siendo todavía joven, pues murió a los cuarenta y ocho años, revelase una vejez prematura. En 1866 publicó una poesía que más tarde incluyó en el libro «Follas Novas», que parece presentir el estrago que en ella había de producir antes de tiempo la dolencia:

«Agora cabelos negros,
mais tarde cabelos blancos;
agora dentes de prata,
mañán chavellos quervados;
hoxe fazulas de rosas,
mañán de coiro enrugado.
Morte negra, morte negra,
cura de dores e engaños,
¿por qué non mata las mozas
antes que as maten os anos?»

En 1871 (tenía treinta y cuatro años) estaba ya desmejoradísima, los labios exangües y los ojos hundidos. Se quejaba de sus padecimientos y conocía que su vida no podía ser larga.

(26) Se conservan varios dibujos de ella, entre otros, un retrato de Murgía hecho al lápiz y admirable de ejecución y parecido.

(27) Es referencia de persona de mi amistad, que afirma haber asistido a la representación en unión de su padre político, don Claudio González Zúñiga, de Pontevedra.

(28) E. FLORENTINO SANZ estrenó *Don Francisco de Quevedo* el año de 1846, y *Achaques de la vejez* en 1854, el mismo año en que salió para Berlín, a raíz del triunfo liberal, como Encargado de Negocios de España. Residía en Berlín en 1856, cuando escribió la epístola a Calvo Asensio, en que canta a Enrique Gil y su tumba abandonada.

(29) La editó en Madrid (Imp. a cargo de M. González). Chao le llevó un ejemplar a Murguía, que publicó en *La Iberia* un artículo muy laudatorio y lo presentó a Rosalía. Al año siguiente celebraban sus bodas.

(30) En 15 de Mayo de 1857 publicó E. Florentino Sanz las *Canciones*, de H. HEINE, traducidas del alemán. Dió a luz dos series distintas: una en el *Museo Universal* (en donde colaboraban Murguía, Vicetto y Puente y Braña, los tres gallegos), y la otra en la revista *La América*, que dirigía Asquerino. Rosalía adquirió la traducción francesa de la obra de Heine.

(31) El padre Blanco, Leopoldo Pedreira y otros, dicen que *Adiós ríos, adiós fontes*, está inspirada en Bécquer. Esta poesía se publicó el 59 y los *Cantares gallegos* el 63. Las *Rimas* de BÉCQUER en 1870. Esa poesía, la primera que escribió en gallego, se produjo tres años después en el *Album de la Caridad*.

(32) Bécquer conoció las poesías de Heine

por el texto que Rosalía le prestó. Fué el de GERARDO DE NERVAL que tradujo en prosa el *Intermezzo.* Las poesías castellanas de Rosalía, coleccionadas por la autora años después en el tomo *En las orillas del Sar,* habían visto en su mayor parte la luz pública en 1866, en el periódico *El Progreso,* de Pontevedra, en donde Emilia Pardo Bazán, casi una niña a la sazón, publicó su primer cuento. En aquella época nadie conocía a Bécquer como poeta, aunque sí estaba ventajosamente reputado como cuentista y como arqueólogo.

(33) El contrato se había hecho en las condiciones siguientes: *diez y seis cuartos diarios y comida.* Rosalía observó que la comida que se les daba era: al mediodía, un *plato de sopas* (pan, agua, sebo y una cabeza de ajo), y a la noche lo mismo. De desayuno, un mendrugo.

(34) El tomito de versos *A mi madre,* lo destinó a persona de su intimidad, y la tirada fué únicamente de 50 ejemplares.

(35) Volumen en 12.° (Imprenta de la *Crónica de Ambos Mundos).*

(36) Un tomo en 8.°, 1863, Vigo. Tenía el propósito de prologar este libro don N. Pastor Díaz. Véase MURGUÍA: *Los Precursores.*

(37) *La Democracia*, 1864. La frase de Emilia Pardo Bazán figura en el libro *De mi tierra.* El estudio de esta insigne gallega no cabe, para su fortuna, en este libro, que está consagrado exclusivamente a la memoria de las muertas.

(38) *Ruinas.* Vigo, Imprenta de Compañel, 1864. Fué incluído más tarde en *Follas Novas.*

(39) *El Caballero de las botas azules,* tomo en 8.°, de 338 páginas, editado e impreso Soto Freire, Lugo, 1867.

(40) *Cantares gallegos,* segunda edición, impreso en Madrid. Circuló mucho por América.

(41) Edición del *Cancionero de Ajuda,* publicado en Halle, por MAX NIEMAYER (1904), vol. II, página 790.

(42) Después de recibir los Sacramentos se quedó como en éxtasis delirante, y decía al cura de Irla: «Señor cura, ya estoy buena; vámonos a Santiago a ganar el jubileo.» (El año 1885 fué año jubilar, por coincidir en domingo la festividad del apóstol Santiago, patrón de España.) El médico de cabecera, don Roque Membiela, la pulsó y aconsejó le administrasen en seguida la Extremaunción.

(43) Ordenó la destrucción y quema de todos los manuscritos inéditos, y su hija Alejandra, fiel a su voluntad, los quemó. Eran ellos:

Romana, proverbio.

Cuentos extraños, un volumen.

Historia de mi abuelo, un volumen.

Posteriormente, en 30 de Mayo de 1891, una revista santiaguesa, *La Patria Gallega,* órgano oficial de la *Asociación Regionalista*, presidida por Murguía, decía (núm. 5, pág. 2):

«Habiendo ordenado nuestra escritora que después de su muerte se quemasen sus originales, son muy escasos los trabajos inéditos que de ella se conservan actualmente. Aunque contados, se hallan algunos entre los papeles de su

esposo.» Y publicó los muy escasos que quedaban.

(44) *Gaceta de Galicia,* número correspondiente al jueves 16 de Julio de 1885.

(45) Para revelar cómo era de afable y bondadoso su carácter, es curiosa la exclamación de una mendiga de Padrón que, al ver salir el cadáver de la casa, decía llorando:

—«Eu nunca vinen a vela, que me non acompañase hastra a porta.»

(46) Recuerdo la honda pena que su fallecimiento causó entre los que estudiábamos por aquel tiempo en Compostela. Difícil sería encontrar por entonces algún alumno de aquella Universidad que no recitara de memoria muchas de las poesías gallegas de Rosalía.

(47) En 1.º de Agosto de 1885 (a los quince días de la muerte de Rosalía), la Sociedad *Liceo de Artesanos* acordó celebrar una veladacertamen en honor de la gran poetisa, presidida por Castelar. Señaláronse cuatro premios: dos para poesías gallegas, y otros dos para castellanas, fijándose plazo hasta el 25 de Agosto. Tema único: *Rosalía Castro.* El jurado fué presidido por Emilia Pardo Bazán. Se celebró la fiesta el 2 de Septiembre de 1885, y hablaron Rodríguez Carracido y Castelar, leyendo Emilia Pardo Bazán.

(48) Publicó en un folleto (Madrid, 1905) *cinco poesías,* tomadas del libro *En las orillas del Sar.*

(49) Hacia el año de 1907 se trató de erigir en La Coruña y plaza de María Pita *cuatro estatuas.* Había iniciado mucho antes el pensamien-

to Pedro Seoane, y lo recogió, haciéndolo suyo, el *Círculo de Artesanos*. Las cuatro estatuas, a cuatro mujeres gallegas, a saber: Concepción Arenal, Rosalía Castro, Juana de Vega, condesa de Mina y Teresa de Herrera, fundadora de los Asilos de La Coruña. Para allegar fondos se organizaron cuatro veladas literario-artísticas. Se celebró la primera en honor de Concepción Arenal, y... así quedó detenido el propósito.

Cuando se celebró la coronación de Curros Enríquez, Alfredo Vicenti propuso a Galicia, en el párrafo final de su discurso, que erigiese una estatua a Rosalía. Se aceptó la idea, y comenzaron seguidamente a designar comisiones para iniciar los trabajos. Parece que está el pensamiento en camino de rápida ejecución.

(50) Galicia debe un monumento a la memoria de Rosalía, y ese monumento debe levantarse a expensas de todos los gallegos, procurando singularmente que a él contribuyan los humildes, provocando con celo suscripciones en las aldeas y llamando, una vez más, al sentimiento patrio de los que residen fuera del país.

(51) Desde Jenroy hasta Menéndez Pelayo, desde Mónxes hasta Henri Lang, desde Braga hasta Carolina Michaëlis.

(52) De ella dice el castizo escritor e inspirado poeta gallego Barcia Caballero, en un juicio crítico del libro *En las orillas del Sar:* «A semejanza de esa música alemana, que quizá sobrado grande para caber en las estrecheces del pentágrama, amenaza a cada paso con destruir

la armonía a fuerza de atrevimientos, así estos versos son más que artificios literarios, quejas espontáneas de un alma dolorida; saltan por encima de todas las reglas y se forjan una medida y una rima que concuerde con la grandeza de su amargura. Ni las rimas de BÉCQUER, ni el *Intermezzo* de HEINE le ganan en soltura y libertad, siquiera sean éstos a los que mejor pueden compararse.» Apéndice al primer tomo de las *Obras Completas* de Rosalía Castro. Madrid, librería de Pueyo, 1909.

(53) El malogrado Víctor Said Armesto, una de las más grandes culturas literarias modernas, a quien debo interesantes datos sobre la historia de Rosalía de Castro. Quede aquí consjgnada mi gratitud y el homenaje de admiración y de afecto a su memoria.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

EDICIONES DE LAS OBRAS DE ROSALÍA CASTRO

La Flor. Poesías. Imp. de M. González. Madrid, 1857.

La Hija del mar. Ensayo de novela. Imp. de I. Compañel. Vigo, 1859.

Flavio. Ensayo de novela. Imp. de la *Crónica de Ambos Mundos*. Madrid, 1861.

A mi madre. Poesías. Imp. de I. Compañel. Vigo, 1863. (Edición de 50 ejemplares.)

Cantares gallegos. Poesías gallegas. Imp. de I. Compañel. Vigo, 1863.

Ruinas. Poesías. (Traducción de V. Ruiz de Aguilera. *Armonías de la tarde*.) Imp. Compañel. Vigo, 1864.

El Caballero de las Botas azules. Novela. Imprenta de Soto Freire, Lugo, 1867.

Cantares gallegos. 2.ª edición. Madrid, 1872.

Follas Novas. Poesías gallegas. Habana, 1880.

El primer loco. Cuento. Lugo, 1881.

En las orillas del Sar. Poesías castellanas. Madrid, 1884.

Cinco poesías. Editada por la Academia Española. Madrid, 1905.

Obras completas. Madrid, 1909, y siguientes.

Advertencia. — Por referirse al mismo tema, por la profundidad del estudio y por la maravilla del ropaje literario, nos ha parecido que los lectores agradecerían la publicación del discurso de D. Jacinto Octavio Picón, contestando al de ingreso en la Real Academia Española de D. Augusto González Besada.

Señores académicos:

Nuestros políticos más ilustres, es decir, no los que viven de la política, sino los que verdaderamentese consagran al servicio de la nación, han mostrado siempre amor a la literatura, cual si por este modo buscaran, unos, el aumento de su fama, y otros, acaso el olvido de sus yerros; ello es que desde aquel preclaro infante don Juan Manuel, que inculcó el vigor de su turbulento espíritu a la prosa castellana, y aquel omnímodo con-

destable don Alvaro de Luna, que descansaba de sojuzgar hombres escribiendo vidas de mujeres, los llamados a gobernar han puesto empeño en obtener, al mismo tiempo que la gloria de mandar, muy halagüeña, pero no por todos acatada, aquella otra menos discutida que proporciona el cultivo de las letras. A este maridaje de la ciencia del gobierno y el arte literario ayudan las condiciones de la vida pública moderna, en la cual, si unas veces se entrega el poder a los que valen más, va otras a manos de los que hablan mejor; de suerte, que el bien hablar es, juntamente, medio con que aquél se conquista y lazo de unión entre la política y la literatura. Debiera bastar al político decir con claridad las cosas, fiando a la razón sola el triunfo de las ideas; mas el hombre es de naturaleza tan compleja e indócil, que no siempre la comprende, ni la respeta, ni se deja convencer por ella; quien aspira a persuadirle tiene que conmoverle; entonces pide auxilio a la imaginación, busca modo de herir la sensibilidad, se ampara de la poesía, recurre al encanto de la belleza, única fuerza superior a la lógica, y así nace la elo-

cuencia, arma, según quien la emplea, funesta o provechosa, pero que es, ante todo, arte, el arte maravilloso de dominar por la palabra. Los que sobresalen en él contribuyen casi tanto como los grandes escritores al esplendor del idioma; por eso les abrís las puertas de esta casa, para que vengan a enaltecerlo y servirlo, olvidando lo que tiene de arma y pensando sólo en lo que tiene de arte; y por eso también caben aquí y pueden trabajar juntos, sin que lo estorben las ideas más opuestas cuantos piensan en España, desde los apasionados de lo tradicional, que buscan el bien en la restauración de lo que el tiempo se llevó, hasta los que pretendiendo adelantarse a él, luchan como precursores de lo que avaramente guarda para ir dándolo despacio; todos confundidos en el amor a nuestra lengua, dos veces sagrada; una, por creadora de belleza, y otra, por verbo, que mantiene y aviva el culto de la Patria.

La elocuencia trajo a sentarse entre vosotros a Olózaga y a González Bravo, a Nocedal y a Martos, a Ríos Rosas y a Pidal, a Castelar y a Cánovas; ella nos trae también

a González Besada. Pero permitidme que no hable de sus condiciones de orador. Siempre he creído que es algo cruel, y quizá poco serio, mortificar al nuevo académico, enumerando en presencia suya méritos cuya alabanza ha de herir su modestia, si la tiene, o, si le falta, ha de obligarle a fingirla. Baste afirmar que aquellas condiciones y estos méritos deben considerarse indiscutibles cuando, por obra y virtud de ellos, el encumbramiento político del que viene a compartir nuestra labor ha sido de los más rápidos que se recuerdan. Diputado siete veces, de 1899 a 1915, fué a la segunda subsecretario, y a la tercera ministro de Hacienda; lo fué después de Gobernación y de Fomento, y acaba de ser Presidente del Congreso, a pesar de lo cual, ya lo habéis advertido escuchando su discurso, los números, los presupuestos, los aranceles, las contribuciones, las estadísticas y las carreteras, no le han embotado el instinto de percibir lo bello, ni le han entorpecido la facultad de analizarlo. Cuanto ha dicho de la mujer gallega y de Rosalía Castro ostenta los caracteres de esa crítica jugosa y animada, propia de

quien comienza por sentir bien lo que tiene que juzgar.

De tiempo atrás venía preparado a esta clase de labor. Siendo casi muchacho, a la edad en que no hay cosa a que el hombre no se atreva, porque imagina que la buena fe y el entusiasmo todo lo alcanzan, comenzó a escribir una *Historia crítica de la literatura gallega,* que, como emprendida en plena juventud y compuesta en lugar donde escaseaban los elementos de estudio, no podía estar libre de errores ni aspiraba a dejar agotada la materia.

Sin embargo, esta *Historia,* de la cual sólo llegó a publicar dos tomos muy pequeños, es útil, de la manera que lo serán siempre las obras donde se ponga al alcance del vulgo lo acopiado por los eruditos, varones meritísimos para los cuales toda gratitud es poca, capaces de averiguar lo más recóndito y arcano; pero que, a veces, ignoran el arte de escribir el resultado de sus investigaciones y hallazgos sin fatigar a quien pretende instruirse. Sería necio e injusto negar el valor de ciertas obras magistrales, en cuyas páginas parece que vuelven los tiempos y

reviven los ingenios, encantándonos con la instructiva y deleitosa visión de lo pasado; pero, exceptuadas éstas, aún quedan muchas donde los sabios incurrieron en el triple error de decir tanto, dar tanta importancia a todo y no cuidarse nada de ser amenos, que erudición y pesadez llegaron a parecer sinónimos, hasta que, así como Lope de Vega se alzó con el imperio de la monarquía cómica, Menéndez y Pelayo se alzó con el señorío de la historia literaria, demostrando que la sabiduría y la amenidad son compatibles, y que los libros de investigación y crítica literaria compuestos sin arte nacen predestinados a ser poco leídos.

Gran respeto merece lo que los sabios escriben a costa de grandes fatigas y con la triste seguridad de que sólo otros pocos sabios han de gozarlo; mas no deben despreciarse las obras modestas que difunden y propagan lo que aquéllos hicieron, y son realmente beneficiosas las pequeñas historias, donde el estudio de una época, un autor, un género o un poema, en vez de dejarnos abrumados, nos despierta el deseo de conocerlos a fondo. Para inspirar esta curiosi-

dad, germen de ilustración y acicate de cultura, acaso dificultadas o retrasadas por los temibles infolios, sirven los libros como la *Historia de la literatura gallega*, que González Besada escribió a los veintitantos años. Verdad que no traza en ella el cuadro completo de las letras gallegas, pues comprende sólo sus principios, nebulosos e inciertos; pero, en cambio, compensa lo que le falta de extensión y amplitud con el interés que despierta, por su modo de estudiar los orígenes del gallego, tratando de si es idioma o dialecto, y comparándolo con el castellano, cuestiones en apoyo de cuyo esclarecimiento invoca testimonios ajenos, fragua ingeniosas hipótesis y argumenta con discretas razones, llenas de penetrante sagacidad. Y en toda esta labor, erizada de dificultades, interpreta con tan certero instinto los caracteres del pueblo gallego, se expresa con tan amorosa vehemencia, que, contagiados de ella, sentimos, como él, las bellezas de Galicia, comprendemos la aptitud privilegiada de sus hijos para celebrarla en tiernas endechas o apasionadas canciones, y, finalmente, experimentamos deseo vivísi-

mo de conocer aquella venerable lengua que, a despecho de sus rudos comienzos, se va formando con palabras dulces, se enriquece con giros flexibles, cobra galanura y armonía, adquiere nobleza, sube de las campiñas a las cortes, es preferida de príncipes, llega a magnífico florecimiento en las cantigas del rey más grande de su siglo, y conservada al través de los tiempos con piedad fervorosa sin perder el sabor arcaico ni la nativa dulcedumbre, sirve hoy a pobres labriegos y poetas cultísimos para enaltecer las maravillas de la Naturaleza, lucir su ingenio, pintar sus costumbres, describir sus fiestas, lamentar sus penas, decir sus amores, y, sobre todo, para expresar aquel otro amor a ninguno comparable, la nostalgia, que hace al gallego enfermar lejos de su tierra, en fuerza de quererla, y de la cual sólo se cura con volver a pisarla, escuchando el *fungar* del viento entre el ramaje frondoso de las *carballeiras* y pinares, o el chirrido con que a larga distancia se anuncian los carros para no estorbarse en las estrechas *corredoiras*.

Cierto que en los antiguos cancioneros ga-

llegos hay muchísimas composiciones en las cuales prevalece el más sincero espiritualismo, y en éste se han inspirado también poetas modernos muy notables; pero no se puede negar que aquel encariñamiento con la tierra, aquella especie de adoración al lugar donde se nace y se vive, tiene en la poesía gallega tanta o mayor importancia que lo exclusivamente psicológico. Casi me atrevería a decir que el amor a la tierra es la verdadera fuente Castalia de la poesía gallega: por eso es tan ingenua, tan sincera, tan popular, porque acaso, antes que del trabajo del espíritu, procede de la espontánea contemplación de la Naturaleza.

Y es lógico que los gallegos posean, desarrollada en grado admirable, la facultad de sentirla y penetrarse de ella. El mar, que en unos parajes bate las costas como pretendiendo asaltarlas y en otros formando rías, se entra por los campos mansamente, cual si quisiera celebrar sus nupcias con la tierra; el ambiente húmedo, el suelo jugoso, tan propicio a toda vegetación que los troncos se visten de líquenes multicolores y las peñas de musgos aterciopelados; los vientos

apacibles o impetuosos, que así serenan la atmósfera como la cubren de vagarosas nieblas; las diferentes temperaturas que dentro de la misma región dan vida a variadas especies de árboles y de flores, desde los que resisten al cierzo, como el abeto y el pino, hasta los que piden la caricia del sol, como el naranjo y la magnolia; aquel doble aspecto de huerta y de vergel que tienen muchas comarcas, donde se producen juntos los frutos necesarios a la vida y los que deleitan la vista; en una palabra, la abundancia y la simultaneidad de cuanto puede cautivar los sentidos y tomar por ellos el camino del alma para predisponerla a sentir, hacen que en Galicia la poesía no sea una impresión pasajera ni un esfuerzo de la mente, sino el resultado de la acción constante que ejerce sobre el ánimo el espectáculo de lo bello. Aunque con rasgos distintos, es el mismo influjo, el mismo predominio de la Naturaleza que caracteriza una gran parte de la literatura griega. Los idilios de Teócrito, llenos del aroma que despiden los almiares del heno recién segado; las odas de Anacreonte, animadas por el zumo de los racimos exprimi-

dos, y las pastorales de Longo, henchidas de la inocente sensualidad, que parece brotar del vaho de los terruños, tienen mucha analogía con las composiciones de los poetas gallegos, las cuales muestran que en Galicia la hermosura del escenario donde el hombre se mueve, se enseñorea de él y aviva su sensibilidad con sugestión tan poderosa, que en todo momento la recibe y se complace de ella, dejando que se confunda lo que arranca de su propio sér con lo que procede de cuanto le rodea: así, al dolor, al gozo, al trabajo, a la fiesta, al recuerdo y a la esperanza, van unidos inseparablemente la tranquilidad del huerto, el bullicio de la romería, lo medroso del monte, el silencio de la selva, el ruido de los aguas; en suma, la influencia misteriosa de un sitio, el encanto apacible o pavoroso de un lugar: ¡siempre la tierra! Por eso son allí poetas, no sólo los que escriben, sino aun los que no saben escribir, ni aun siquiera leer, y también las mujeres; y aunque cada cual se exprese con rasgos y modos de decir originales, su poesía no es rigurosamente individual, sino de raza; en todos tiene caracteres comunes. Es irónica y agresi-

va, enérgica y fiera; cuando se rebela contra la injusticia o el sufrimiento, la espolea; pero por su condición es dulce, tranquila, melancólica: inspirada y nutrida por el mundo externo, posee su misma incontrastable eficacia para conmovernos; nada la interrumpe, nada la bastardea. Y es que la poesía concebida por el hombre recogido en sí, ensimismado, la que llamamos vanidosamente subjetiva, es voluble como su pensamiento, tornadiza como su voluntad, insegura como su razón; mas la que procede de la Naturaleza, a semejanza de ella, es igual, constante, imperecedera, y no monótona, ni cansada, sino tan rica, múltiple y varia como las fuerzas que gobiernan el mundo y los fenómenos que cautivan nuestra atención, desde el lucir de los astros en la obscuridad de la noche, hasta la estructura primorosa de la más humilde hierbecilla.

Esta es la belleza real y positiva que allí respiran los sentidos, y después transforman el entendimiento en ideas y el corazón en sentimientos; la raza, no sólo la percibe, sino que es poseída por ella, se manifiesta en la existencia cotidiana y crea caracteres, tipos,

figuras en quienes el instinto poético parece cosa inherente al individuo: ni grandes ni chicos permanecen a él ajenos. Porque el ser poeta no consiste sólo en hacer versos, sino en poseer la aptitud de recibir y modificar ciertas impresiones con una intensidad y una delicadeza que dan a los afectos y a las cosas valor distinto y superior al que en realidad tienen. Por esto allí es poeta a su modo, aunque quizá no lo sospeche, el emigrante que torna millonario soñando con hacerse un palacio o establecer una fundación benéfica; lo es el mísero labriego que apoya el pie descalzo sobre el borde de la pala para hincarla en el surco, al mismo tiempo que calcula lo que ha de rendirle la cosecha; lo es la dama empobrecida que se consuela de cuanto le falta con mirar el escudo nobiliario esculpido en la fachada de su caserón de piedra; lo es también la moza que bajo su capa de juncos, con que se defiende de la lluvia, lleva al prado las vacas mientras piensa enamorada en la romería del domingo cercano; y lo son, mejor que nadie, por el incesante vibrar de su imaginación y el esfuerzo de su voluntad esas mujeres de quienes acabáis de

oir que cuando en el hogar falta el padre, arrebatado por la muerte o alejado por la emigración, crían a los hijos, les preparan para lo porvenir, y, acaso en el tosco barro del campesino, modelan el hombre capaz de vencer y brillar en las batallas del mundo. Tal vez a ello me impulse mi afición a la estética materialista, en el mas noble sentido de la palabra, hoy muy en baja, aunque los días en que triunfa la fuerza son los menos a propósito para cantar las prerrogativas del espíritu; mas por lo que he leído, por las gentes a quienes he tratado y por el recuerdo que conservo de Galicia, vista en la lejanía de mi juventud, me atrevo a decir que allí el instinto poético es una variedad de la flora del suelo, y sus intérpretes mejores los que expresan con mayor fidelidad ese consorcio, nunca interrumpido, del hombre con la tierra.

Mostrándose la Naturaleza en Galicia tan pródiga de cuanto excita la sensibilidad; siendo la mujer, por una parte, tan fácilmente impresionable, y, por otra, tan apta para expresar sus impresiones a poca instrucción que haya recibido, es lógico que

allí tenga en ella la poesía su representante más fiel; ya en el siglo XVIII se complacía en afirmarlo el insigne fray Martín Sarmiento. Dados estos antecedentes étnicos y esta predisposición ingénita de la mujer gallega para percibir y reflejar la belleza en los distintos órdenes de la vida, por fuerza habían de surgir en el curso de los tiempos grandes figuras femeninas en quienes, conforme al espíritu de nuestra época, resplandeciese aquella facultad, y el siglo XIX engendró dos: una, la que ejerció el apostolado de la piedad impuesta por la razón a la conciencia, la que intentó llevar la ternura a las cárceles porque pensaba amando y amaba pensando: Concepción Arenal; y otra, Rosalía Castro, cuyo justificado elogio acaba de hacer el señor González Besada.

Siempre he creído que debe ser breve el discurso de contestación al de un nuevo compañero, pues ampliar lo que haya dicho sobre el tema escogido, equivaldría a censurarle por lo que hubiere olvidado, y defender puntos de vista opuestos a los suyos fuera pecar de descortés, trocando en controversia lo que es abrazo de bienvenida. En el

caso presente, otra razón me veda prolongar mucho estos párrafos: el retrato de Rosalía Castro queda tan fielmente trazado, que poner mano en el lienzo sería estropearlo con retoques inútiles, convirtiendo la pintura fresca y jugosa en cansada y seca. Sin embargo, sabiendo el señor González Besada el apuro en que yo había de verme, y dándome la primera prueba de compañerismo, me ha abierto camino para que diga de Rosalía Castro algo de lo que ha callado, no por ignorarlo, sino porque su propósito ha sido considerarla, casi exclusivamente, como poetisa gallega. Ante nuestros ojos ha puesto lo que son y valen los *Cantares gallegos* y las *Follas Novas;* ha comparado ambos libros, examinando con sagaces comentarios los distintos estados de ánimo bajo cuya influencia fueron escritos; después, entreverando con todo ello el sobrio y discreto relato de la vida de Rosalía, ha conseguido que apreciemos, juntamente con las extraordinarias facultades de la escritora, sus virtudes de mujer, en las cuales quizá toman origen algunas de las excelencias exteriorizadas en sus dulces canciones; y en verdad que

con ello ha prestado buen servicio a su memoria, porque si a veces produce gran amargura no poder estimar a quien se admira como escritor, en esta ocasióu quedamos persuadidos de que el corazón de la insigne gallega no valía menos que su privilegiada inteligencia. Finalmente, ha demostrado que debe ser considerada, y lo está, como la personificación del instinto poético de Galicia. En cambio, al hablar de sus poesías casi castellanas, ha omitido voluntariamente parte de lo que sabe, dejándome así margen para que pueda contestarle sin contradecirle ni volver sobre cuanto ha demostrado.

Harto comprendo que, quien tuviera las luces y la autoridad que me faltan, podría, a propósito de su hermoso discurso, tratar cuestiones muy interesantes y con él relacionadas; por ejemplo, el estudio de las condiciones fonéticas que hacen al gallego tan dulce y armonioso para la lírica; las fases distintas por que ha pasado en épocas diversas; las causas de que se haya cultivado menos la prosa que la poesía gallega, y el examen del renacimiento de ésta en el siglo pasado; pero como carezco de preparación

para ello, porque no paso de ser un aficionado a escribir novelas y cuentos, que de tarde en tarde se atreve a tímidos escarceos críticos, me limitaré a hacer algunas observaciones sobre las poesías castellanas de Rosalía Castro. Y aun esto con gran mesura: la explicación es sencilla.

La crítica, que consiste en analizar las obras del ingenio a la luz de la razón y del buen gusto, está hoy muy en baja, y quien la intente ha de tener dotes de que carezco. Esa crítica ha sido casi destronada por la investigación histórico-literaria; mejor dicho, por la rebusca de noticias y datos. No se puede negar que en este género de estudios sobresalen maestros cuya laboriosidad y perspicacia va poniendo en claro la vida de nuestros grandes autores y la significación de cuanto produjeron; pero a la sombra de ellos abundan los rebuscadores de bajo vuelo, dedicados a desenterrar pormenores prosaicos y menudencias triviales que no contribuyen a pintar el carácter de una época, ni ayudan a conocer a un hombre, ni explican el alcance de sus obras, ni sirven para nada. Si tal autor nació en lunes o en

martes; si vivió en el territorio de esta o aquella parroquia; si tal otro tuvo parientes judaizantes y si declaró en un proceso de brujas o murió del disgusto porque le negaron una encomienda, y cuánta cera dejó pagada; amén de atestiguarlo todo con documentos de mala prosa, como si los escribanos y el papel sellado pudieran darnos la clave de por qué deleita lo escrito por los poetas. Dejando, pues, a salvo la gratitud debida a los verdaderos historiadores de nuestro caudal literario, permitasenos lamentar que haya quien conceda exagerada importancia a las minucias biográficas y tan poca a las obras. No creo que este error sea defendible. El análisis de una novela, un drama o una poesía; el trabajo de escudriñar en el alma del escritor para darnos cuenta de sus facultades, aquilatar las cualidades de sus creaciones y explicarnos la impresión que producen los asuntos que concibió y las figuras a que dió vida; todo esto que algunos llaman burlonamente crítica subjetiva, es harto más difícil de lo que a primera vista parece. No habrá quien juzgue disparatado sostener que, entre explicar

por qué nos causa emoción tan honda el monólogo de Hamlet, o averigar si se escribió en invierno o en verano, es mucho más interesante lo primero; y pongo el ejemplo en inglés, digámoslo así, para no mortificar a nadie.

Pero la verdadera crítica, no la insulsa y rellena de frases hechas, adjetivos vulgares y lugares comunes, sino la que realmente ilustra y a veces vale tanto como las obras que ilumina y explica, esa exige penetración extraordinaria, mucha lectura bien digerida y absoluta imparcialidad para toda suerte de ideas. Entonces enseña a leer, ayuda a pensar, estimula a sentir, persuade de por qué es hermoso o feo lo que entusiasma o desplace, previene contra el engaño, señala lo inadvertido, condena lo falso, desenmascara lo hipócrifo, devuelve lo suyo a quien le fué plagiado, rescata del olvido, hace justicia y, lo que importa más, va dejando en nuestro pensamiento la amplitud de criterio y el amor a lo verdaderamente artístico, venga de donde viniere, que hace al incrédulo estremecerse de piadosa ternura con los grandes místicos, y permite al creyente

deleitarse con las obras inmortales de gentiles, réprobos y herejes; en una palabra: la tolerancia bendita, sin la cual, ni se goza bien la belleza, ni se merece gozarla.

Tal es la crítica que yo quisiera aplicar a las poesías castellanas de Rosalía Castro; más como me faltan aquellas condiciones, exceptuada la tolencia, habré de concretarme a examinarlas rápidamente, sin otras luces que las del sentido común y el amor a lo bello, las cuales, en esta ocasión, son bastante, y no pudiendo alcanzar vuestra benevolencia de otro modo, procuraré conseguirla siendo muy breve.

El poeta es un sér que siente con mayor intensidad y delicadeza que el resto de los mortales, y el falso poeta, otro que alardea de ello más o menos sinceramente. Los libros del segundo se nos caen de la mano; porque, cuando pretende conmovernos, nos deja indiferentes: las obras del primero se apoderan de nosotros haciéndonos sentir lo que él ha experimentado al escribirla; y acaso más, según las circunstancias en que las leemos y el estado de nuestro ánimo. El que nos llega al corazón o nos conturba el

pensamiento, ese es real y positivamente poeta; no hay otra piedra de toque para conocerlos; pero no lo consigue con sólo estar dotado de sensibilidad excepcional: ha de saber expresarla; y el único medio de conseguirlo es escribir bien, entendiendo por esto, no la mera corrección, sino la belleza de la forma, ese conjunto misterioso de claridad y fuerza, elegancia y gracia, aún no bien definido por nadie, y que, para designarlo de algún modo, llamamos gusto. Porque es inútil sostener que bastan a crear una obra literaria las ideas nuevas y originales; en arte, quien no tiene más que ideas, está en el caso de quien posee un arma poderosa cuyo manejo ignora; torpemente expresados, los conceptos más sublimes son tiros que no alcanzan al blanco; la originalidad, el don de discurrir lo que nadie ha discurrido, es admirable; pero estéril si lo concebido por el pensador no se traduce en palabras que hieran nuestra imaginación. En cambio, los pensamientos que pueden llamarse de dominio común, si están formulados con arte, nos conmueven profundamente. Un ejemplo basta: la obra más excelsa de la lírica cas-

tellana, las coplas de Jorge Manrique, están llenas de reminiscencias de los libros que todo el mundo leía en el siglo XV, y, sin embargo nadie pondrá en tela de juicio su originalidad; pues, según dice Menéndez Pelayo, «este es cabalmente el misterio o el prestigio de la forma: expresar el poeta, como nadie, lo que ha pensado y sentido todo el mundo». En suma, el privilegio de sentir, a veces harto doloroso, y el arte de expresarlo, son las dos condiciones primordiales que ha de tener el poeta; nombre, dicho sea de paso, que se prodiga casi tanto y con tanta ligereza como los de amigo y caballero, y que, como éstos, debiera aplicarse con más cautela.

Pues esas dos facultades, admirablemente hermanadas, tuvo Rosalía Castro; su corazón estaba pronto, en todo momento, a dejarse poseer por la piedad y la ternura; sus versos, reflejando las impresiones experimentadas al escribirlos, comunican la sensibilidad que los dictó; en cualquier página suya se encuentra algo que sorprende, encanta o que nos deja pensativos. Y, sin embargo, tardó en ser apreciada.

Hay poetas a quienes la diosa Fortuna empieza a mimar desde que comienzan a escribir; para otros es huraña y esquiva. De éstos fué Rosalía Castro. Su libro *En las orillas del Sar*, publicado en 1884, pasó inadvertido. Estaba escrito por una mujer, en el fondo de una provincia; la prensa no prestaba todavía a ciertos géneros literarios la atención que luego les ha concedido; aquella mujer era incapaz de mendigar alabanzas; hacía versos, no con ansia de notoriedad, ni aun con ambición legítima de gloria, sino como desahogo de su corazón, a la manera que Espronceda compuso el *Canto a Teresa*, aunque después lo incluyera en su famoso poema; finalmente, el libro salió a luz por los días en que dos poetas insignes, de muy distinto carácter y tendencia, monopolizaban la atención de los aficionados, y cuyos parciales, pecando de exclusivistas, no paraban mientes en lo que no fuese de sus ídolos respectivos; vates tan preclaros como el vigoroso Tassara y el dulce Querol apenas eran leídos. Esta misma injusticia, y en mayor medida, se cometió con Rosalia Castro.

Pocos años después, Ramón Rodríguez Correa, peregrino ingenio de los que abundan en saloncillos y tertulias, que no llegó a mostrar todo lo que valía porque era hombre de mucha pereza y pocas necesidades, publicaba las *Rimas,* de Bécquer; alcanzaron éstas el éxito unánime que los vivos conceden a las obras de los muertos, en parte, para sofocar el remordimiento de no haberles hecho caso, y en parte también, porque ya no estorban; pero no faltó quien dijera que Bécquer se parecía a Enrique Heine. Luego se puso en claro — como acaba de recordar oportunamente el señor González Besada — que Rosalía Castro, entusiasmada con algunas traducciones de Heine, hechas por su amigo Eulogio Florentino Sanz, las cuales dejaron huella en su espíritu, aconsejó a Bécquer que leyese todas las obras del primero en la versión francesa. Ello fué que, al inquirir hasta dónde llegaba la semejanza entre el autor del *Intermezzo* y el de las *Rimas,* se cayó en la cuenta de que mucho tiempo antes de ser éste rescatado del olvido por Correa, una poetisa provinciana, modesta y desconocida, había pu-

blicado un libro, cuyas composiciones tenían, con las de Heine, parentesco espiritual aún más cercano que las de Bécquer. Es decir, la olvidada, la postergada se vió de pronto, y aunque no fuera más que en un círculo de aficionados a estas lecturas, puesta en parangón con uno de los dioses mayores de la lírica moderna. El resarcimiento no podía ser más glorioso ni más justo, y, sobre todo, estaba bien fundado.

Entre la inspiración de Enrique Heine y la de Rosalía Castro hay indudable analogía. Pero ¿se trata de un escritor que ha imitado a otro, o de dos escritores dotados de facultades similares? Guardémonos de comparaciones, cómodo recurso para explicar por conformidades, diferencias y contrastes lo que se debe apreciar considerándolo aisladamente, atendiendo a sus cualidades propias. Comparar poesías es algo así como comparar flores, en vez de admirar a cada cual por su belleza; aunque las haya de un mismo color, los tonos y matices varían hasta lo infinito; todas son, por decirlo así, individuales y ofrecen diverso espectáculo a los ojos; de igual suerte, la Naturaleza ha

infundido a las almas poéticas inspiración distinta. Mayor honra se hace a Rosalía Castro probando que tiene personalidad propia, que no rebuscando, en coincidencias fáciles y frases desglosadas, el parecido de sus obras con las de Heine. Acostumbrémonos a respetar la riqueza mental de cada escritor, sin husmear lo que unos a otros se tomaron; recordemos que, deparando a todos la vida casi las mismas fuentes, no ha de diferir gran cosa el sabor que las aguas les dejen en el paladar.

Aquella en que bebió Rosalía Castro debió de ser bien amarga. ¿Cuáles serían las causas de su tristeza? Difícil es bucear en el corazón de un poeta, aún más difícil siendo mujer. Si fuese escritora de hace dos o tres siglos, quizá huroneando entre papeles viejos y testimonios de autores a ella contemporáneos, podríamos conjeturar algo con visos de fundamento, sin pecar de indiscretos; parece que lo sucedido en tiempo remoto todo el mundo tiene derecho a saberlo; tratándose de una señora, muerta hace unos cuantos años, el origen de sus penas es un sagrado, donde nadie debe llegar con el pen-

samiento. Bástenos saber que sus infortunios, al recibir el beso del arte, se han convertido en poesía; la belleza creada por sus quejas está en letras de molde; esa es nuestra; lo demás, no.

Muchas de sus composiciones carecen de título, como si hubiese querido callar la causa que las inspiró, y todas son tristes; mas esta igualdad no engendra monotonía ni hace cansada la lectura, porque la fatiga que pudiera ocasionar el tono constantemente lastimoso, está evitada por la abundancia y variedad de ideas. Además, su dolor impone respeto; nunca aparece manchado de egoísmo; junto a su desdicha personal surge siempre la piedad hacia quien padezca lo que ella, y hay instantes en que la desventura ajena parece atormentarla con mayor intensidad que la suya.

Esta compenetración de la amargura que lleva en el alma, con la que, piadosamente, acoge, toma, a veces, en sus labios, proporciones de nobilísima elocuencia; entonces el infortunio propio se esfuma, se borra, y en su lugar se alza, casi como grito de rebeldía lanzado por un espíritu valiente, la protesta

de la razón humana contra el dolor universal. No tienen, sin embargo, que asustarse los lectores creyentes; Rosalía Castro, sin ser beata ni fanática, es verdaderamente religiosa. Cierto que en algunos momentos, como le ocurre a todo el que no renuncia cobardemente a pensar, prorrumpe en vivas exclamaciones de dudosa ortodoxia; por ejemplo, la divina justicia le parece incompatible con las penas eternas; pero luego, en trances de pesadumbre y angustia, cuando la imaginación se le ensombrece, le basta verse envuelta en la penumbra del templo y mirar caer un rayo de luz sobre la cabeza de una imagen para quedar confortada por la fe. Las vacilaciones de su pensamiento, reflejadas en frases contradictorias o en impulsos opuestos, revelan su extrema sensibilidad; unas veces, hasta de sí misma desencantada, pone en duda la persistencia del amor; otras, parece consolada por una pasión secreta que guarda en el corazón, como perfume misterioso en pomo sellado, y no faltan ocasiones en que el sentido de sus quejas es confuso e indescifrable, cual si quisiera esconder cuidadosamente, a los ojos

del mundo, lo que a solas fuese paño de lágrimas para los suyos.

Esta misma falta de perseverancia de ánimo, que nunca degenera en versatilidad, prueba la delicadeza y amplitud de su temperamento poético, pues, si bien se mira, la poesía no consiste sólo en la facultad de sentir intensamente, sino también en la de sentir según la índole de la impresión que se experimenta.

Por eso preferimos los poetas que nos parecen sinceros; mas ¡cuán difícil es convencernos de la sinceridad literaria! Quizá no haga falta que el poeta sea sincero, y, sin embargo, cuando no nos lo parece, deja de interesarnos y pierde nuestra confianza; claro que el talento puede fingir la sinceridad; pero la real y verdadera tiene, aun en sus mismas contradicciones, un poder persuasivo que aleja toda idea de superchería y engaño. Rosalía lo tuvo en cuanto produjo; no escribió para alcanzar aplausos en salones y periódicos; hizo versos, quizá saboreando la voluptuosidad del dolor, por el placer de mirarse el alma en ellos, como otras se complacen ante el espejo que les

muestra su hermosura; y la imagen moral que trazó de sí misma en sus estrofas presenta tales caracteres de verdad, está hecha con rasgos y colores tan llenos de vida, que ante ella, como al mirar ciertos retratos de personajes muertos, pintados por los grandes maestros, tenemos que decir: «Así debió ser; así fué».

En la forma de sus poesías domina la naturalidad; aun cierta exuberancia de lenguaje es en ella natural; a veces, según se interesa y exalta con lo que va diciendo, su imaginación, a despecho de la voluntad, se excede en amplificarlas y adornarlas; pero, en general, es sobria y, sobre todo, clara. En ella la corrección no es resultado de la lima, sino de la lucidez con que discurre. Versifica muy bien, y en sus composiciones abundan los versos sonoros, llenos, rotundos, ya dulces, ya enérgicos, henchidos de robusta armonía.

Por esto mismo causa extrañeza que incurriera en el error de emplear metros desagradables, como el de diez y seis sílabas formado por dos hemistiquios, que adolece de pesado, y combinaciones ásperas, por

ejemplo, la de los versos de once sílabas con los de ocho, y la todavía peor del octosílabo con el de diez. Más feliz anduvo usando el de nueve sílabas como hemistiquio del de diez y ocho, y, sobre todo — según observa su inteligente biógrafo el señor Díez Canedo —, asonantando el alejandrino.

No es esta ocasión de insistir en por qué desplacen, generalmente, algunas de aquellas combinaciones; lo innegable es que cuando no se han usado, o se han usado por excepción, habiendo existido aquí tantos dominadores del ritmo y de la rima, es, sin duda, porque son ingratas al oído. Poco valen los versos cuando no tienen otro mérito que el de sonar bien; pero los que suenan mal deben rechazarse, así vengan repletos de ideas y pensamientos alambicados; quien no tenga más que ideas, póngalas en prosa, aunque si carece de oído, también la hará mala, y no se pretenda que combinaciones extravagantes y versos inarmónicos sirven para traducir las delicadezas y exquisiteces del alma moderna, la cual, dicho sea de paso, contra todas las ilusiones líricas, y según lo que acontece ahora en el mundo,

es fiera que aún está por domesticar. Sírvanos de consuelo ver surgir de cuando en cuando en la vida y en los libros seres del temple moral de esta mujer, que al lamentar sus pesares compadece los ajenos, y que, como si esto fuera poco para satisfacer sus anhelos generosos, busca en el seno de la madre Naturaleza nueva poesía que sentir y más amor que prodigar. Porque sobre todas aquellas cualidades poéticas que el señor González Besada ha analizado con tanta perspicacia, y yo apenas logro indicar, la que prevalece en Rosalía Castro, caracterizando su personalidad de escritora, es el sentimiento de la Naturaleza, no tan frecuente, por desgracia, como fuera de desear en nuestra literatura, que ella poseyó y el cual embellece sus obras.

¿Quién acertará a definir ese sentimiento, por cuya virtud el mundo entero entra en nosotros, ni aun a distinguirlo y diferenciarlo y diferenciarlo del concepto de la misma Naturaleza? En mi humilde opinión, es el reconocimiento instintivo de una soberanía misteriosa y omnímoda que, penetrando en nuestro sér por los sentidos, lo llena de su

misma grandeza; la emoción causada por el espectáculo de lo que se admira y no se descifra, una extraña unión de sensaciones donde se confunden la magnificencia de lo que ven los ojos y el asombro con que el entendimiento lo acoge, lo aspiramos en el escenario augusto de los campos y en la traidora llanura de los mares; lo despiertan las maravillas de la materia y los prodigios de la fuerza; nace de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño; lo evoca la contemplación de la estrella perdida en la inconmensurable lejanía de los cielos, que permite concebir la pluralidad de mundos y el gusanillo fosforescente que brilla entre la hierba, dándonos idea del organismo más humilde; modificando nuestra nativa dureza, nos mueve a piedad ante la pobre bestia que arrastra la pesada carga; es algo que en las profundidades del pensamiento rivaliza con la fe; es el culto rendido *ex abundantia cordis* a la vida universal, eterna señora y creadora de sí misma, en cuyo seno nos agitamos a pesar de nuestra vanidad humana, como revolotea el átomo de polvo en el rayo de sol.

Rosalía Castro vivió poseída, dominada por este sentimiento de la Naturaleza, que tomó en ella la forma de amor a su tierra. La sensibilidad que tuvo para sufrir por sus anhelos espirituales la debió de tener también para percibir el influjo del mundo externo. Los pensamientos, arrojados a granel en sus composiciones, revelan la misteriosa influencia de las horas y las cosas. Para imaginaciones como la suya, todo tiene voz: campos y playas, aldeas y hogares, gentes y costumbres; cuanto sus ojos mirasen le traería efluvios de paz, gérmenes de dolor, vislumbres de esperanza, rachas de abatimiento, y el rincón del huerto, el cenador del jardín, la puesta del sol, la medrosa noche servirían de estímulo a su ansia de ternura; por eso, prendada de parajes determinados, describe amorosamente los montes, llora con las talas de pinos gigantes o robles seculares, y ellos, como si fueran susceptibles de gratitud, le dan, en pago para sus canciones, ya el rumor lento de las auras, ya el bramido con que el vendaval agita su intrincado ramaje. De este modo llega a identificarse con la tierra, tiene orgullo en

retratarla y se goza en ello con una espontaneidad tan exenta de énfasis y de vana pompa retórica, que si entre raíces de castaños, troncos de nogales, piedras cubiertas de musgo y hojarasca caída surgiera, por arte secreta, una de aquellas ninfas napeas en quienes el genio del paganismo personificó la poesía de los bosques sagrados, no diría mejor las alabanzas a la doble majestad del lugar y de los dioses inmortales. Luego este amor a la Naturaleza se derrama en forma de piedad sobre cuanto la tierra sustenta, le basta a Rosalía que algo o alguien viva de la tierra para que lo venere o lo compadezca; tiene palabras de cariño para el que la trabaja; habitarla, le parece la mayor delicia; verse obligado a abandonarla, la mayor desgracia; sus acentos más conmovedores son los ruegos; súplicas y apóstrofes a los emigrantes, para que vuelvan a morir en ella. Finalmente, a modo de enamorada celosa, llega hasta padecer algo semejante al delirio de persecuciones, suponiendo que Galicia es mirada con desdén; las patochadas y groserías que el más zafio e ignorante vulgacho profiere en todas las

naciones del mundo, insultándose de pueblo a pueblo y de región a región, la excitan cual si fueran opiniones dignas de tomarse en cuenta; no se acuerda de que la gente aplebeyada, sin que nadie le haga caso, llama al aragonés testarudo; al vasco, rudo; al valenciano, tornadizo; al andaluz, embustero; al castellano, astuto; se le antoja que todo hiere y ofende a su Galicia, y, de cuando en cuando, lanza contra Valencia, Andalucía y Castilla frases de robusta indignación, llenas a un tiempo de lágrimas y de saña; pero tan bien expresadas, que quien sabe sentir la belleza — como antes dije —, venga de donde viniere, la disculpa y perdona, admirando en la artista lo que rechaza de la pensadora.

Harto se comprende que tales arranques son desahogos líricos: su injusticia no tiene base de odio; es una exacerbación de la piedad. Yo imagino, por ejemplo, la emoción que experimentaría ante la cuadrilla de segadores que inspiró algunas de sus estrofas. Los vería marchar por la carretera polvorienta en larga hilera silenciosa, con el hatillo al hombro, pendiente del cinto la hoz

recubierta de pajas, encorvado el cuerpo, unos, descalzos, otros, atadas las almadreñas con tomiza, aspeados y doloridos: o tropezó con ellos en el andén de una estación de vía férrea, durmiendo en el suelo, en tanto que alguno, recostado en un banco, con los ojos, muy azules, desmesuradamente abiertos, parecía absorto en la contemplación lejana de su lar y su madre: o los sorprendió en la ruda faena, inclinados sobre los surcos resecos; esgrimiendo con movimientos rítmicos la media luna de acero que serpea entre las mieses de oro, mientras el sol les abrasa la espalda, el sudor les corre por el pecho, y la falta de aire los ahoga; y acaso en aquel momento uno suspendió el trabajo, secóse la frente, pasándose por ella la mano, y con voz dulcemente vigorosa entonó aquel cantar que dice:

Campanas de Bastabales,
cando vos oyo tocar,
mórrome de soidades.

Y allí fué el inundársele a la mujer poeta el alma de ternura, sentir indignación, maldecir de la mies y de quien comiese aquel

pan, y prorrumpir luego, al recordarlo, en versos donde no estalla la ira sólo contra Castilla, sino que parecen lanzados contra el destino inexorable, porque donde hay hombres que siguen, y sol que abrase, y pan que ganar, hay servidumbre y hay dolor.

Rindámosle justicia: no maldice por regionalismo irascible, sino por bondad de corazón. A buen seguro que no hubiera experimentado igual conmiseración por aquellos otros segadores del *córpus de sangre,* a quienes las hoces del trabajo, convertidas por el odio en puñales encorvados, no dieron más victoria que hacerlos vasallos de Luis XIII de Francia.

Y no hay que atribuir a esos arranques de la insigne poetisa mayor alcance porque estén dichos en gallego, ni tampoco dolerse de que escribiera más en su idioma propio que en castellano. No importa: la poesía que copiosamente derramó en sus *Cantares* y en sus *Follas Novas* es gloria de España, como lo son los versos de Jacinto Verdaguer y Teodoro Llorente. Errores históricos, con aviesa intención recordados, y tor-

pezas políticas, astutamente explotadas por la codicia mercantil, pueden en algunos momentos servir de pretexto a desdenes e insultos; pero nunca esto debe robarnos serenidad para reconocer que el uso de los idiomas y dialectos autorizados por la razón y consagrado por los siglos es legítimo, mientras no atente al alma nacional.

Porque muy gastada está la metáfora de llamar madre a la Patria; pero es tan expresiva, refleja con tan poderosa dulzura la realidad, que por fuerza debe emplearse. Hijos de España son el de índole, al par alegre y melancólica, que vive a la sombra de naranjales y olivares, entre Sierra Morena y el Estrecho; el que, orgulloso de su origen céltico, se lanza mar a fuera, desde el *finibus terre*, para volver enriquecido por lo que en otro hemisferio ganó a fuerza de inteligencia y honradez; el que en las huertas levantinas cría la seda con que se tejen nuestras banderas; y hermano de ellos es, aunque algo despegado, aquel otro rudo e inquieto, tan bravo cuando lucha, tan tenaz cuando trabaja, y en cuyos oídos las aguas del Ebro, antes de perderse en el mar, repi-

ten con la voz que traen desde Zaragoza el sagrado nombre de España.

Hable cada cual el lenguaje que balbuceó de niño para rendir culto al tierno afecto familiar, enaltezca en él la poesía del amor y cante las glorias regionales, de cuyo conjunto ha de surgir en lo porvenir, igual que en lo pasado, la grandeza común. Mas para servir de verbo a la raza, como afirmación de unidad e independencia ante el resto del mundo, guardemos esta otra lengua, que aquí celosamente se custodia y venera, en la cual, castellanos y andaluces, aragoneses y catalanes han escrito, sin acordarse de dónde habían nacido, lo que hicieron juntos. Y si alguien no quiere llamarla castellana, llámela española; tanto monta. Que aún sonará más dulcemente en nuestros oídos si así expresa con fidelidad inquebrantable el amor de todos a España.

BIBLIOTECA HISPANIA

OBRAS PUBLICADAS

COLECCIÓN HISPANO-AMERICANA

Pesetas

Primera parte de la Historia del Perú, por Diego Fernández, el Palentino, tomos I y II, cada volumen en 4.º..... 7,50

Corona Mexicana.—Historia de los Motezumas, por el P. Diego Luis de Motezuma, en 4.º, 512 páginas 7,50

COLECCIÓN ROSA PARA LAS FAMILIAS

Genoveva, novela, por Alfonso de Lamartine, 378 páginas en 8.º..... 3,00

La Leyenda Dorada (Vidas de Santos), por Jacobo de Voragine, tomos I y II, cada volumen 3,00

Lámparas votivas, poesías, por Francisco Villaespesa..... 3,00

SECCIÓN GENERAL

Pesetas

Como buitres..., por Manuel Linares Rivas. 3,00

La fuerza del mal, por Manuel Linares Rivas 3,50

Obras completas, por Manuel Linares Rivas. Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.* — Tomo II: *El Abolengo, María Victoria, Lo posible.* — Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren ... En cuarto creciente.* — Tomo IV: *La divina palabra, Bodas de plata*, cada tomo. 3,50

Tapices viejos, por Eduardo Marquina..... 3,50

Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)..... 3,00

Coplas, por Luis de Tapia..... 2,50

Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz... 4,00

La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés..... 5,00

La Negra, por Pedro de Répide..... 1,00

El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00

La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas..... 3,00

Barrio Latino, por Federico García Sanchiz. 3,00

La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas..... 3,50

La guerra palpitante..... 3,00

Una mancha de sangre, por Joaquín Belda. 1,50

Pesetas

El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent 3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes..... 3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta..... 1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas..... 3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomos I y II, cada volumen..... 2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois..... 3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois..... 1,50
La Leona de Castilla, por Francisco Villaespesa..... 3,50
El Paraíso de los solteros, por Andrés González Blanco..... 1,00
Al son de la guitarra, por Federico García Sanchíz..... 2,00
Toninadas, por Manuel Linares Rivas..... 3,50
Una vida ejemplar, por Diego San José.... 1,50
La enemiga, por Darío Nicodemi..... 3,50
El oscuro dominio, por Antonio de Hoyos y Vinent..... 1,00
En camisa rosa, por Felipe Trigo..... 3,50
El crimen de Avellaneda, por Atanasio Rivero..... 3,50
Al margen de la vida, por Baldomero Argente..... 2,00
Más chulo que un ocho, por Joaquín Belda.. 1,00
Rosalía Castro, por Augusto González Besada..... 2,50

162317
LS.
C3555
.Yg

Author Gonzalez Begada, Augusto

Title Rosalia Castro, notas biograficas.

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU